

BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
PUNTO
ROJO

pesadilla en rojo sangre

burlon hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

PESADILLA EN ROJO SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 622
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 101 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1974

© BURTON HARE - 1974

texto

© DESILO- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.211. — La noche del dragón.

En Colección PUNTO ROJO:

616. — Cantos de sirena y de muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Muere querido lector.

John McDaniel miró las botellas alineadas en el estante y acabó decidiéndose por un viejo jerez de tonos opalinos.

Saboreó el vino y dijo:

—Es lo adecuado en estos momentos.

Una voz cristalina salió de una puerta entornada.

—¿Qué dices?

—Me refería al jerez.

Una cabeza de cabellos rojos y ojos chispeantes asomó por la puerta.

—No te entiendo una palabra...

El se volvió.

La cara que había debajo del cabello rojo era realmente un poema de belleza y picardía.

—Olvídalo. Sólo date prisa.

La cabeza desapareció, para salir a continuación la muchacha envuelta en una toalla de baño, mientras se secaba el pelo con otra más pequeña.

—¿Esperas a alguien? —dijo, deteniéndose en el centro de la desordenada estancia—. ¿No tienes suficiente conmigo?

Johnny suspiró.

—No empecemos, nena. He de trabajar.

—Yo diría que acabas de hacer un buen trabajo.

—Eres una desvergonzada, pero quizá sea eso lo que me vuelve loco.

Se acercó a ella y la besó en la punta de los labios hasta que la joven se echó atrás.

—Maldito si sé por qué te quiero —refunfuñes—. Anne dice que se debe a que tú complementas mi complejo de inferioridad.

El hizo una mueca.

—No me hables de tu hermana, por favor. Me pone frenético.

Riendo, la muchacha se volvió hacia el cuarto de baño.

Antes que entrara en él, la toalla se desprendió de su cuerpo y durante un fugaz instante Johnny tuvo otra visión de toda la maravilla de increíble belleza que era suya.

Sacudiendo la cabeza, volvió al jerez y apuró la copa, saboreándola con placer.

En cierto modo, era un experto en placeres de cualquier clase que fueran.

Cuando la muchacha volvió a aparecer, preguntó:

—¿Vendrás esta noche, querido?

—¿Adónde?

—Al estudio de Anne. Ya sabes, lo de costumbre.

—No me seduce. Esa pandilla están chiflados.

—Poros son divertidos.

—De acuerdo. Si termino pronto nos veremos allí.

Peggy le miró apreciativamente. Chascó la lengua y susurró:

—Ciertamente, no sé por qué te quiero, de veras...

Pero le besó apretadamente y tras esto salió disparada del estudio.

Johnny encendió un cigarrillo, dio un puntapié a un almohadón que fue a aterrizar al pie de la ventana y tomó asiento frente a su mesa de trabajo.

Miró la máquina de escribir con cierto disgusto. Era uno de esos días en que uno se siente embotado, lento y furioso consigo mismo.

Quizá fuera que en el fondo de su subconsciente presentía la pesadilla de sangre que estaba a punto de desencadenarse...

Era noche cerrada cuando se levantó, disgustado. No estaba satisfecho de lo que había escrito ni mucho menos.

Con un cigarrillo entre los labios, se acercó al ventanal y tendió la mirada por encima de los tejados, las luces y la noche.

Entonces sonó el teléfono. Descolgándolo gruñó:

—Habla McDaniel.

—¡Johnny!

La voz le hizo dar un respingo. Peggy parecía intensamente asustada.

—¿Qué pasa, nena?

—¡Tienes que venir, Johnny!

—¿Adónde? ¿Qué ocurre?

—¡A casa, date prisa!

—Bueno, pero...

—¡Ahora, querido, ahora mismo!

—Está bien, tranquilízate, voy para allá.

Colgó, perplejo. Peggy era una muchacha equilibrada y que no solía perder el control fácilmente.

Ella y su hermana Anne vivían en una gran casa de Holborn Street, heredada de sus padres, muertos en un accidente. Habían heredado algo más que la casa, lo cual les permitía vivir con holgura e independencia.

La casa era antigua, de oscura fachada. Cuando Johnny detuvo su pequeño «Triumph» en un lugar prohibido vio luz en una ventana de la planta baja.

Peggy debía haber estado esperándole, porque abrió la puerta antes que él pudiera llamar.

Estaba pálida y nerviosa.

—¿Qué te pasa, linda?

—Arriba, en el estudio de Anne...

El hizo una mueca de fastidio.

—¿Qué otra estupidez se le ha ocurrido a tu hermanita?

—¡Oh, Johnny, es horrible!

Ni siquiera atinó a besarle. Le sujetó la mano y tiró de él escaleras arriba hasta la planta superior.

Allí, Anne tenía su estudio, y en cuanto Peggy encendió la luz se quedó boquiabierto.

Daba la sensación de que una manada de elefantes había pasado por allí perseguidos por el demonio. Todo estaba revuelto, roto, hecho trizas.

Las esculturas de Anne, los esbozos hechos en arcilla, los estantes, todo había sido machacado de un modo delirante.

Estupefacto, paseó la mirada por todo aquel revoltijo y gruñó:

—Bueno, alguien tenía que hacerlo tarde o temprano. Siempre dije que las esculturas de tu hermana eran horribles.

—¡Johnny! ¿Cómo puedes bromear delante de esto?

—Está bien, cálmate. ¿Qué pasó?

—No lo sé. Cuando llegué era muy tarde. Me sorprendió que Anne no estuviera en casa. Gené sola, en la cocina. Luego, subí a ver

si estaba aquí arriba. A veces se tendía y quedaba dormida. Ya sabes la vida tan desordenada que lleva. Bueno, eso fue lo que encontré.

—Peggy..., ¿crees que lo ha hecho ella misma? Yo siempre he sostenido que hay algo en Anne que no funciona.

—Tú no la comprendes... Es nerviosa, variable, de acuerdo, pero no está loca.

—Yo no digo que esté loca, pero desde luego, tampoco es normal. Sus esculturas son horrendos esperpentos de formas atormentadas, cosas auténticamente monstruosas. Oye, ¿a qué hora es esa reunión que me anunciaste para esta noche?

—Nunca fijan una hora determinada. Cada uno aparece cuando quiere.

—Sí, claro... Esperemos que llegue Anne, tal vez tenga algo que decir sobre eso.

—¿Tú piensas que lo ha hecho ella misma?

—Si no ha sido ella misma, no cabe duda que quien estuvo destrozándolo todo es alguien que la odia como el demonio.

Johnny la obligó a retroceder y cerró la luz y la puerta, regresando los dos a la planta baja.

El se dirigió directamente al armario donde se guardaban las botellas. Sacó una de coñac, la miró al trasluz y gruñó:

—Alguien ha estado metiendo mano donde no debía. Habíamos quedado que yo era el único que bebía de este coñac.

—Johnny, no bromees. Estoy asustada.

—¿Por lo de arriba? Bueno, todo lo que han hecho ha sido estropear los trabajos de tu hermana. Ella tiene imaginación suficiente para rehacerlos..., me temo.

Peggy le dirigió una mala mirada. El se encogió de hombros y se sirvió una generosa ración de coñac.

Se lo llevó a los labios y de pronto se quedó quieto, rígido, con la copa muy cerca de la nariz.

Poco a poco, su rostro se crispó, adquiriendo un color ceniciento tan agudo que hasta la muchacha se dio cuenta.

—¿Qué te pasa? —masculló—. ¿Se te ha ocurrido otro de tus malditos chistes?

El sacudió la cabeza.

—En todo caso, el chiste se le ha ocurrido a otro...

Dejó la copa con tanto cuidado que la muchacha le contempló,

perpleja.

—Ven aquí, nena —dijo él.

Su voz parecía el chirrido de una sierra.

—¡Johnny, me pones nerviosa!

—¿Nerviosa? ¡Je! Nerviosa...

Entonces, Peggy se dio cuenta de que las manos de él temblaban de manera violenta y corrió a su lado.

—Huele esa copa, encanto.

—¿Qué?

—Acerca la nariz a la copa —repitió él—, pero no pruebes ni una maldita gota.

Ella inclinó la cabeza y luego se echó atrás.

—Huele mal... ¿Qué significa eso, Johnny, está estropeado?

—¡Infiernos, ya lo creo que está estropeado! No hay ningún coñac que no se estropee si alguien le echa una buena dosis de arsénico.

—¿Quieres decir que ese coñac está envenenado?

—Con arsénico.

—¡Dios! No es posible...

—Hay arsénico suficiente para tumbar a un regimiento, si no me equivoco.

Ella le agarró las manos llevándolo con ella al diván, temblando, gimoteando de terror.

—¡Hubieras podido morir si lo bebes...! —sollozó—. ¡Es horrible! ¿Qué está sucediendo aquí, Johnny?

—Con un solo sorbo y... —Se estremeció—. No cabe duda que la cosa iba dirigida a mí. Esa botella no la tocaba nadie más que yo. Los otros se burlaban... Decían que era una bebida refinada, reaccionaria...

—¡Abrazame, Johnny, tengo tanto miedo...!

El la abrazó, por supuesto. Pero lo que en otras circunstancias hubiera sido el principio de otro estallido de placer y amor, ahora fue solo una actitud sin otro significado que el de compartir una viva inquietud.

—Me pregunto quién puede haber preparado esta encerrona... ¿Cuándo viste a la pandilla por última vez?

—No creerás que ha sido uno de ellos... No hay ninguno que sea capaz de semejante canallada.

—Ya no estoy seguro ni de mí mismo.

—Y Anne sin venir... ¿Qué crees que hemos de hacer con esa botella?

—Dejarla como está. La llevaré a la policía.

Ella le miró, asustada.

—¿Vas a meter a la policía en esto?

—Tú verás. Pueden haber quedado huellas digitales en la botella, ¿no te das cuenta?

—Sí, claro... ¡Dios, y mi hermana sin aparecer aún!

—Oye, ¿no se habrá quedado en su cuarto, durmiendo?

Le gusta beber más de la cuenta y si... Ya me entiendes.

Peggy se levantó.

—No lo creo, pero iré a ver.

El gruñó:

—Necesito un trago... Pero ya no me fío ni del agua del grifo.

La muchacha desapareció escaleras arriba.

Johnny se acercó a la alacena, tomó la botella y la copa cubriéndose los dedos con un pañuelo y la dejó en el estante más elevado. Luego destapó una de *whisky* y lo olió concienzudamente.

Sólo olía a *whisky*.

Tomó otra copa, la llenó y en el momento que se la llevaba a los labios, sobre su cabeza resonó el más horrendo aullido que jamás pudo imaginar.

La copa escapó de sus dedos cuando pegó un brinco.

—¡Peggy! —rugió.

Voló escaleras arriba.

Peggy estaba caída frente a una puerta abierta y de la cual se desbordaba la luz hacia el pasillo.

—¡Peggy, pequeña!

Arrodillándose, la examinó sin hallar herida alguna. La muchacha respiraba con terrible violencia y entonces empezó a agitarse como sacudida por agudos estremecimientos.

—¿Qué pasó, Peggy? —insistió—. ¡Peggy!

Ella no pareció oírle siquiera.

Rechinando los dientes, la dejó suavemente en el suelo y se levantó, dispuesto a aplastar a quien fuera que había provocado aquello.

Dio un paso hacia el interior del dormitorio de Anne.

Sólo un paso.

El no gritó, por supuesto.

Pero quizá fue debido a que se quedó petrificado por el horror.

Porque, encima de la cama, la cabeza de Anne le miraba con los ojos muy abiertos...

¡Sólo la cabeza!

Alrededor de ella, la sangre se había encharcado en la blanca sábana formando como una roja peana al terrible despojo.

Tambaleándose, dio media vuelta y volvió al pasillo.

Tardó unos minutos en serenarse. Luego levantó el cuerpo inerte de Peggy y bajó las escaleras, sumergido en una suerte de pesadilla de la que no lograba escapar.

Dejó a la muchacha sobre el diván y la contempló unos instantes. Peggy seguía inconsciente.

Se dirigió al teléfono para llamar a la policía. Después de todo, la reunión que habían planeado para esa noche iba a tener unos invitados inesperados...

Descolgó el teléfono.

No obtuvo señal alguna. El aparato estaba mudo completamente.

Con un escalofrío en los huesos, lo devolvió al soporte.

De modo que el asesino aún estaba en la casa. Cayó en la cuenta de que la sangre que rodeaba aquella horrible cabeza era líquida cuando la vio.

Y el teléfono funcionaba poco antes, cuando Peggy le llamó...

La ira se sobrepuso al terror. Se dirigió a la cocina y empuñó un enorme cuchillo. Luego regresó al lado de Peggy y comenzó a seguir el hilo telefónico.

Recorrió el pasillo, una despensa y otro corto pasillo que terminaba en la puerta posterior de la casa, aquella que daba al pequeño jardín, más allá del cual estaba el garaje.

Encendió las luces exteriores y salió. El cable del teléfono estaba cortado en la pared del garaje, cerca del suelo.

Johnny aspiró hondo. Estaba como sumido en un trance en el que no había otro sentimiento que el furor.

De un tirón abrió las puertas del garaje y tanteó hasta encontrar la llave de la luz.

Dentro no había más que el «Bentley» de Peggy, un coche que apenas era utilizado debido a que la muchacha pensaba que era

demasiado grande para lo que ella necesitaba.

Pero había sido el coche de sus padres y quizá por eso lo conservaban todavía.

Johnny entró, examinando todos los rincones y abriendo el gran armario donde se guardaban las herramientas.

No encontró nada.

Luego, al volverse, lo vio.

Y si al ver la cabeza sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies, ahora fue como si todo el terror del mundo culebrea por cada uno de sus nervios destrozados.

El cuerpo decapitado estaba sentado dentro del coche, muy rígido, con las manos caídas sobre los muslos.

La sangre se había deslizado por la piel y los senos como si quisiera cubrir su desnudez.

Tambaleándose, Johnny regresó a la casa sumergido en una marea de espanto.

CAPÍTULO II

Colgó el teléfono, y se volvió.

El hombre y la mujer miraban asustados a la muchacha inconsciente que yacía en una butaca.

—Siento causarles tantas molestias, pero no podía dejarla en su casa..., y era preciso llamar a un médico y a la policía.

—No se preocupe. ¿Es cierto lo que ha dicho por teléfono?

—Condenadamente cierto.

Los vecinos de Peggy cambiaron una mirada.

—¿Es usted amigo de la señorita Murray?

—Sí, éste... Peggy es mi novia.

—Creo que deberíamos llevarla a la cama —sugirió la mujer.

Johnny la levantó en brazos y siguió al matrimonio hasta una habitación. La dejó sobre el lecho y regresó a la sala para esperar la llegada de la policía.

El vecino murmuró:

—Es lo más horrible que ha sucedido jamás en este barrio.

Johnny pensó que decir eso era quedarse corto.

El superintendente Lambert le escuchó plantado en la acera, frente a la casa de Peggy.

Luego echó a andar seguido de sus ayudantes y de Johnny, que andando a su lado terminó:

—Estoy seguro que el asesino de Anne estaba en la casa cuando yo llegué, porque debió cortar la línea del teléfono después de llamarme Peggy.

—Muy bien, cálmese —se detuvieron en el vestíbulo—. Se me ocurre que usted no debería impresionarse demasiado con estas cosas, señor McDaniel. Se supone que un escritor especializado en temas truculentos ha de tener los nervios bien templados.

—¡Y un demonio! Todos mis muertos mueren de una manera

decente —gruñó Johnny.

—Ésa es una afirmación curiosa... ¿Dónde está ese dormitorio?

—Arriba.

—Guíenos.

Subieron.

Johnny encendió la luz de la habitación de Anne y se echó atrás.

—Ahí dentro —dijo.

Lambert entró con paso firme. Dos de sus hombres que les habían seguido se colaron también.

—¡McDaniel! —Gruñó el superintendente.

—Le espero aquí.

—¡Entre, maldita sea!

Rezongando, Johnny avanzó sin ningún entusiasmo.

El dedo del policía estaba rígido, señalando la cama..., vacía.

La cabeza cortada ya no estaba allí.

Sólo quedaba la gran mancha de sangre.

—¡Dios! —jadeó—. ¡Se la ha llevado!

Lambert se dirigió a la puerta.

—¡Vamos al garaje, aprisa! —masculló.

El garaje estaba vacío.

El gran coche con su macabra carga había desaparecido.

Se quedaron unos instantes allí, rígidos, perplejos.

Johnny maldijo entre dientes. Estaba perdiendo el miedo, y dejándose ganar por la ira.

—¡Ese bastardo! —dijo—. Le juro que ahora me gustaría tenerlo en mis manos aunque sólo fuera cinco minutos.

—Bueno, tómelo con calma. Todo esto parece una pesadilla. ¿Está usted seguro de que vio lo que me ha contado?

—Lo vi. Y Peggy también. Bueno, ella sólo vio la cabeza..., pero creo que es suficiente para que no dude de mis facultades mentales.

—Está bien.

—¿Se le ha ocurrido pensar que ese criminal debe ser un tipo muy especial?

—Lo he pensado.

—Esperar oculto con lo que había hecho..., con nosotros allí. Inconcebible.

Volviéron a la casa en el momento en que se producía un alboroto en la puerta.

—¿Qué diablos ocurre ahí, Brook? —Gruñó el superintendente.

Brook, un policía joven y un tanto desconcertado, dijo:

—Un grupo que se empeña en entrar. Aseguran que las señoritas están esperándoles.

—Habían organizado una reunión esta noche —explicó Johnny—. Mejor será que les hable.

—Un momento... ¿Dónde está la botella repleta de arsénico?

—En la alacena.

Se la mostró y fue hacia la entrada.

Cinco o seis chicos y chicas se arremolinaban en torno a los policías que les cerraban el paso.

—¡Ahí está Johnny! —vociferó una muchacha de larga cabellera, vestida con unos pantalones ajustados y una blusa holgada, con un escote hasta la barriga—. ¡Eh, Johnny!

—Tranquilos... La reunión se fue al diablo.

—Pero ¿qué pasa?

—Han matado a Anne.

Se quedaron fríos. Mudos durante un tiempo.

Después, uno de los jóvenes, dijo:

—¡Maldita sea! ¿Tienen al bastardo que lo hizo?

—Aún no.

—¿Dónde está Peggy? ¿Le ha sucedido algo a ella?

—Peggy está bien, en casa de unos vecinos.

Lambert apareció, ceñudo. Dio un vistazo a los jóvenes y ordenó:

—Déjenles pasar. Quiero hablar con ellos. ¿Dónde dijo usted que estaba esa botella?

—No me diga que también se ha esfumado...

El policía asintió en silencio.

—Es increíble...

—Reúna a esos chicos en cualquier sitio donde no estorben y cuide de que no toquen nada. Usted, Brook, acompáñeles.

Se reunieron en una salita donde el joven policía se quedó junto a la puerta.

Todos quisieron saber en el tiempo más breve posible lo que había sucedido. De modo que Johnny sé lo contó con detalle.

El estupor les dejó mudos.

Luego, una de las muchachas balbució:

—Pero eso es la obra de un loco. No puede ser de otra manera.

—En eso estamos de acuerdo.

—Y tú, Johnny, ¿no oíste nada mientras estuviste con Peggy?

—En absoluto. El tipo ha de tener unos nervios de acero sin la menor duda.

Carl Ryan, un joven escultor con ideas revolucionarias sobre arte, gruñó:

—Y lo del estudio... ¿Por qué diablos tuvo que destruirlo?

Johnny se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe lo que pasa por la mente de un perturbado de esta clase.

El superintendente entró en la estancia, ceñudo y preocupado.

Paseó la mirada por encima de los jóvenes. Luego dijo:

—¿Los conoce usted a todos, McDaniel?

—Por supuesto. Solíamos reunirnos muchas veces aquí, o en el estudio de cualquiera de ellos.

Lambert sacudió la cabeza.

—¿Artistas? —preguntó, con el mismo tono en que hubiera podido preguntar si eran asesinos.

—Pintores y escultores. Afortunadamente no hay otro escritor que yo.

—¿Es un chiste?

—Perdone, superintendente. Estoy nervioso.

—Se le nota. Veamos, ¿quién de ustedes vio a la señorita Anne Murray por última vez y dónde?

Se miraron, perplejos.

La muchacha del enorme escote por el que casi le escapaban los senos dijo:

—Creo que fui yo, esta tarde.

—¿A qué hora?

—No sé... Alrededor de las dos, creo. Me recordó que la cita era para esta noche, aquí. Luego se fue y ya no he vuelto a verla.

—¿Algún otro la vio hoy?

Todos sacudieron la cabeza.

De modo que Lambert se encaró con la bonita muchacha:

—¿Le pareció que la señorita Murray estaba tranquila, normal?

—Anne nunca estaba lo que usted llamaría normal —dijo un muchacho de larga melena y vestuario multicolor.

—¿Qué quiere decir con eso? Y de paso dígame cómo se llama.

—Mark Endros. Soy pintor... O espero serlo algún día —terminó sonriendo.

—¿Qué quiso decir con eso de que la señorita Murray no...?

—Según los hombres como usted, Anne estaba un poco loca. Según nosotros, era genial.

—Ya veo. Las generaciones y todo eso.

Johnny terció:

—Anne tenía ideas muy concretas sobre arte, superintendente. Personalmente, no me gustaba su obra, pero ella vivía de acuerdo con sus opiniones.

—Porque tú no entiendes una maldita palabra de arte, Johnny.

El policía miró al que había formulado semejante afirmación y dijo:

—¿Pintor también?

—Escultor, igual que Anne. Me llamo Carl Ryan.

—Bien, ¿alguno tiene idea de por qué han matado a su amiga?

—Por supuesto que no.

—¿La vieron nerviosa, inquieta últimamente?

—Anne siempre estaba nerviosa por una cosa o por otra. Pero no asustada, si es eso lo que quiere usted decir.

—Por lo visto, esa muchacha debía ser todo un carácter...

Le miraron casi con lástima.

—Seguro que era todo un carácter. Sabía lo que quería y cómo conseguirlo. A veces aseguraba que nunca renunciaría a algo que ella quisiera realmente. Todo lo que se había propuesto en la vida lo consiguió tarde o temprano.

—Entiendo. Eso es todo. Indiquen sus nombres y domicilios al agente Brook y podrán marcharse. Usted no, McDaniel. Voy a necesitarle todavía.

Se fueron charlando sin cesar entre ellos.

Ante la alacena abierta, Johnny comprobó que tanto la botella de coñac como la copa habían desaparecido.

Lambert dijo:

—Estoy seguro que ninguna de las otras botellas está envenenada, McDaniel. ¿Por qué sólo pusieron arsénico en esa de coñac?

—Yo era el único que bebía ese coñac, lo cual no deja de preocuparme, porque quiere decir que el asesino me ha sentenciado

también.

—Indica algo más, amigo mío.

—¿Qué?

—Quien sea que puso el veneno, sabía que sólo usted bebía de esa botella. O sea, que es alguien que conoce perfectamente las costumbres de esta casa. Alguien que tiene entrada en ella, tal vez alguno de esos que acaban de salir.

—¿Ellos? No diga tonterías. Les conozco perfectamente.

—Y seguramente, también conoce al asesino, ya que él parece conocerle muy bien a usted.

Johnny se estremeció ante la perspectiva.

—Pensarlo me pone enfermo —gruñó.

—Bueno, empecemos con la rutina. Usted conocía bien a la señorita Anne Murray, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—Y a sus amigos...

—También.

—¿Alguno que hubiera reñido con ella últimamente, o con el grupo, quizá por culpa de la muchacha?

—No, que recuerde.

—¿Tenía un amante, un novio o algo así?

Johnny se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe... Esas chicas carecen de inhibiciones, ya sabe. Pero no creo que Anne tuviera ningún amante.

—Le preguntaré a la hermana, cuando se reponga, De todos modos, si usted conoce bien a las dos muchachas, debió saber si Anne estaba en dificultades de cualquier clase.

—Ella no tuvo dificultad alguna desde que rompió con Norman.

—¿Norman?

—Hace casi un año. No empiece a tener ideas raras.

—Yo nunca tengo ideas. Me atengo a los hechos. ¿Quién es ese individuo?

—Fue novio de Anne durante cierto tiempo. Después, por alguna razón, ella rompió el asunto. A él le sentó muy mal la cosa.

—Ya veo... ¿Dónde puedo encontrar a ese caballero?

—No lo sé, pero supongo que estará en la guía telefónica. Se llama Norman Simons.

Lambert tomó nota cuidadosamente.

Después gruñó:

—Puede ir a reunirse con la señorita Murray, en esa casa del otro lado de la calle. Yo tengo trabajo aquí todavía.

Preocupado, Johnny se dirigió a la puerta, preguntándose si aquella pesadilla terminaría allí o tendría continuación.

Si uno recordaba la botella envenenada, la respuesta a esa pregunta no era como para tranquilizar a nadie.

CAPÍTULO III

El doctor, preocupado, dijo:

—Necesita mucho descanso, mucho reposo..., y sobre todo olvidar.

Johnny pensó que olvidar aquella pesadilla no iba a ser tan fácil como creía el médico.

—Peggy vio aquel horror —masculló—. Fue un *shock* terrible para ella. Sin embargo, me inquieta su prolongado desvanecimiento.

—Le he aplicado un sedante, aunque la vigilaré constantemente. También a mí me preocupa. Temo que la impresión la haya afectado quizá mucho más profundamente de lo que cabe imaginar.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Uno nunca sabe...

—Doctor, no se ande con rodeos.

—Bien, tal vez durante un tiempo ella no sea muy dueña de sus actos.

Johnny pegó un respingo.

—¡Un momento! —jadeó—. ¿Quiere decir que puede volverse loca?

El médico sonrió.

—Los profanos tienen una sorprendente tendencia a llamar locos a todos los que padecen cualquier desarreglo psicológico. Tranquilícese, es una muchacha fuerte y sana. Se recobrará.

Y se fue, dejando a McDaniel asustado y perpleja.

Los dueños de la casa, que habían estado presentes en la conversación, cambiaron una mirada y luego la mujer dijo:

—Puede dejarla aquí con toda confianza, señor McDaniel. La cuidaremos hasta que esté en condiciones de salir.

—Me temo que estamos causándoles muchos trastornos...

—Debemos ayudarnos unos a otros cuando es necesario. Y

nosotros vivimos solos, así que...

Johnny dio las gracias, fue a dar un último vistazo a Peggy, que reposaba ahora en aparente calma, y se marchó.

Su estudio se le antojó inhóspito como un desierto. Pasó el resto de la noche inquieto, dando tumbos en la cama, gruñendo y jurando contra el asesino, el insomnio, la inquietud y la ira.

Si por lo menos pudiera tener a aquel engendro entre sus manos...

Había conseguido dormirse al fin cuando el teléfono le hizo dar un brinco.

Lo descolgó de un manotazo.

—¡Hable!

—¿McDaniel?

—Seguro. ¿Qué pasa?

—Aquí el superintendente Lambert.

Se irguió en la cama, súbitamente despejado.

—¿Lo han cazado? —jadeó, excitado.

—Todavía no... Pero hemos encontrado otra cosa. ¿Puede usted reunirse conmigo en el Yard dentro de quince minutos?

—Por supuesto.

—Estaré esperándole. No tarde.

Se vistió apresuradamente, dándose cuenta de que empezaba a clarear el día. Miró la máquina de escribir y el montón de hojas en blanco. Sólo Dios sabía cuándo estaría en condiciones de reanudar el trabajo.

El superintendente le recibió en su pequeño despacho. Los muebles eran nuevos y alegres, en consonancia con el soberbio edificio nuevo que se alzaba como cualquier otro dedicado a oficinas comerciales. Sólo que éstas eran unas oficinas muy especiales.

—¿Qué es lo que han encontrado? —le espetó Johnny, después de los saludos.

—El cuerpo.

—¿El cuerpo de Anne?

—Creemos que es el suyo, si usted vio realmente un cuerpo sin cabeza.

—¿Dónde estaba?

—¿Dónde cree usted? En el río, por supuesto.

Salieron zumbando en el coche de la policía.

Habían trasladado el cuerpo sin cabeza al depósito, cercano a los muelles. Era un paraje lóbrego y triste, casi siniestro a la luz titubeante del alba.

El interior, donde reinaba un ambiente gélido y oliendo a formaldehído, se le antojó más inhóspito que en sus descripciones literarias, de modo que gruñó:

—Así como les regalaron un edificio nuevo a ustedes, podrían construir uno decente para depósito de cadáveres.

Lambert enarcó las cejas.

—¿Para qué? Los huéspedes de este lugar nunca se quejan.

—Tiene usted un nauseabundo sentido del humor.

El encargado, ataviado con una bata blanca de dudosa limpieza, les guió por un triste pasillo hasta una puerta, que abrió.

Sin apenas hablar, recorrió una sucesión de nichos numerados y acabó tirando de uno de ellos.

Una camilla se deslizó sobre bien engrasados rieles.

Johnny se estremeció.

El cuerpo sin cabeza era tan blanco como si le hubieran dado una capa de cal. El agua del río se había llevado hasta la última partícula de sangre.

Lambert gruñó:

—¿Es ella, McDaniel?

Éste sacudió la cabeza.

—No —murmuró.

El policía dio un respingo.

—¿Cómo que no? Es un cuerpo de mujer joven, decapitado. ¿Qué diablos cree usted que es esta ciudad? No pensará que encontramos cadáveres sin cabeza todos los días.

—No es Anne, superintendente.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Ella... Bien, tenía los muslos y las piernas más delgados. La había visto muchas veces vestida solo con unos *shorts* y un pañuelo en el pecho.

—De modo que no es Anne Murray...

—Seguro que no. Y quíteme eso de mi vista.

—Un momento. Mírelo bien, necesitamos asegurarnos.

—Estoy seguro. Sin ninguna duda... Todo ese cuerpo tiene más

libras de peso que Anne.

—De modo, que hay más de una muchacha decapitada...

La idea pareció dejar anonadado al policía, que hizo una seña al encargado. Éste empujó la camilla y la horrenda visión desapareció dentro de la cámara frigorífica.

—Un maníaco asesino —gruñó Lambert, estremeciéndose—. Cuando la cosa se haga pública se extenderá el pánico.

—¿No pueden averiguar si se ha escapado algún demente de estas características? Un loco tan peligroso como el que ha hecho eso no sale de un día para el otro. Debe estar catalogado en alguna parte.

—Tal vez. Pero esta clase de demencia es muy particular, McDaniel, ya debería saberlo, dedicándose a lo que se dedica. Durante años, un hombre vive casi normalmente, sólo dando muestras de ligeros desequilibrios, y luego, de pronto, un buen día algo estalla en su cerebro y organiza una orgía de sangre.

Salieron del lóbrego edificio sin cambiar una palabra.

Ya en el coche, Johnny gruñó:

—Superintendente...

—¿Sí?

—Estoy pensando en ese tipo.

—¿Y qué?

—Se me ocurre que su locura es un tanto especial.

—¿Puede ser más conciso, McDaniel?

—Bueno, asesina a Anne de un modo horrible. Deja la cabeza en la cama para que la descubramos y el cuerpo en el coche..., con sangre por todas partes. Luego hace astillas el estudio de la muchacha. No satisfecho con eso, decapita a otra pobre mujer que aún no sabemos quién es y arroja el cuerpo al río. Y entre una cosa y otra, llena de veneno una botella de la que todo el mundo sabe que sólo bebo yo. ¿Qué le parece? Cualquiera creería que si piensa acabar conmigo lo hiciera también de una manera salvaje y sangrienta.

—Ya veo...

—En lugar de eso, pone arsénico en una botella, sin importarle un demonio que de ella bebieran media docena de personas. Pudo darse el caso... Con lo que habría organizado una matanza.

—No creo que eso le importe mucho a alguien capaz de cometer

tal barbaridad con dos pobres mujeres.

El coche se detuvo frente al imponente edificio de Scotland Yard. Los dos hombres se apearon, mientras el chófer se llevaba el auto.

—Estaré en contacto con usted, McDaniel —prometió el policía—. A propósito, encontré la dirección de Norman Simons. Me propongo visitarlo esta mañana.

—Bueno...

Se alejó caminando como un sonámbulo. No regresó a su estudio, sino que se encaminó a la casa de los vecinos de Peggy para saber noticias de ésta.

La muchacha dormía profundamente, después de haber pasado una noche inquieta y agitada.

—Debía sufrir horribles pesadillas porque no cesaba de gimotear y dar vueltas sobre sí misma —le explicó la mujer—. No debe preocuparse por ella, mientras esté aquí.

—Estoy seguro que Peggy se lo agradecerá tanto como yo, señora Carmichael. Lo cierto es que no sé dónde llevarla, porque no hay ni que pensar en que vuelva a su casa por el momento.

—Podrá quedarse con nosotros, ¿sabe? Lo estuvimos hablando con mi marido anoche. No tenemos hijos y nos gustaría cuidar de ella todo el tiempo que sea necesario.

Eso le tranquilizó. Despidiéndose de la mujer, abandonó la casa y se detuvo frente a la que era propiedad de Peggy.

Estuvo un buen rato allí, perplejo. Era asombroso que se hubiera desencadenado una pesadilla tan horrible precisamente en su propio círculo, un círculo formado por gente alegre, joven, sana y que demostraban en todo momento un compañerismo envidiable.

Echó a andar hasta donde dejara el coche.

Como de costumbre, estaba aparcado frente a un lugar prohibido. Sujeto por el limpiaparabrisas había un papel.

Johnny lo arrancó de un zarpazo, mirando arriba y abajo en busca del guardia que le había hecho tan mañanero obsequio.

No lo vio por ninguna parte. Le dio vuelta al papel y se estremeció.

No era una sanción municipal.

Era algo mucho más amenazador.

Con palabras recortadas de algún periódico, alguien había

confeccionado un mensaje:

«Recuerda a Anne. Tú morirás igual».

Un frío de muerte se extendió por todos sus miembros, no tanto por el mensaje en sí como por la certeza de que el asesino le tenía vigilado, puesto que hacía muy pocos minutos que había estacionado el coche en ese lugar.

Guardándose el mensaje en el bolsillo, puso el auto en marcha y salió disparado hacia Scotland Yard.

CAPÍTULO IV

El superintendente Lambert se disponía a abandonar su despacho cuando Johnny irrumpió como una tromba.

—¡Caray, McDaniel! ¿Qué le ocurre?

—Eche un vistazo a eso.

Lambert examinó el mensaje. No pareció muy alterado.

—¿Dónde lo encontró?

—En el coche, como si fuera la papeleta de una multa. Y no estuvo el auto allí ni siquiera quince minutos.

—Lo cual equivale a presumir que el asesino le vigila. Si no le importa, amigo mío, destacaré a un par de mis hombres para que le custodien día y noche. Eso no me gusta en absoluto.

—Menos me gusta a mí, pero no quiero llevar una escolta permanente, Lambert. Yo sabré cuidarme de ese engendro.

—En las presentes circunstancias, McDaniel, un hombre confiado tiene un pie en la tumba. Piénselo.

—No quiero escolta, superintendente.

El policía se encogió de hombros. Luego dijo:

—Si no tiene nada urgente que hacer, quizá fuera interesante que me acompañase para entrevistar a Norman Simons. Usted le conoce... Facilitaría las cosas.

—Bueno, no me siento con ánimos de sentarme ante la máquina de escribir.

Tomaron el coche del policía y en todo el trayecto apenas si cambiaron un par de frases.

Norman Simons vivía en un apartamento al norte de Backery Lane, no lejos del Soho. Dejaron el coche ante una boca de incendios y se encaminaron a la casa.

—Yo hablaré —le advirtió el policía—. Límitese a escuchar y sólo intervenga si yo le pregunto, McDaniel. ¿Entendido?

—Para eso no necesitaba traerme.

—Veremos.

Norman Simons era un muchacho corpulento, casi gordo. Tenía el cabello albino y revuelto y sus ojos muy claros se clavaron en Johnny tan pronto lo vio.

—¿Qué diablos...?

—Policía, señor Simons —le atajó el superintendente—. Permítanos...

Casi le empujó a un lado y se coló al interior.

Johnny le siguió. Su mirada burlona recorrió las facciones del dueño del piso.

—Fue idea de él, Norman —explicó—. Yo ni siquiera sabía dónde vivías.

—¿Qué es lo que pasa?

—Soy el superintendente Lambert, señor Simons, del Departamento Criminal.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? No he matado a nadie, que yo sepa.

—Eso es lo que pienso comprobar.

—¿Qué? Oiga, ¿están tratando de liarme en algo sucio, usted y ese emborronacuartillas?

Johnny abrió la boca, dispuesto a soltarle alguna agudeza, pero una imperiosa mirada de Lambert le dejó mudo.

—¿Ha salido usted de este apartamento en las últimas dos horas, señor Simons?

—¡Por supuesto que no!

—¿No habrá ido por casualidad hasta las cercanías de la casa de las señoritas Murray?

—¡Dios, no! Hace una eternidad que no me acerco a esa casa.

—¿Tampoco anoche?

—¡No! ¿Cómo he de decírselo?

—¿Qué periódico acostumbra a leer usted?

Eso le desconcertó por completo.

—El *Times* —rezongó—. ¿Quiere saber también mi marca de calzoncillos?

Lambert no se inmutó.

—Tal vez en otra ocasión necesite averiguarlo —miró a Johnny, que se había dejado caer en una butaca y comentó—: La nota que le regalaron estaba confeccionada con recortes del *Times*.

—Ya me di cuenta. Su tipografía es inconfundible.

—¿Les importaría decirme qué clase de juego se llevan entre manos? —bufó Simons.

—Señor Simons... Anoche asesinaron a Anne Murray —dijo Lambert sin alterar la voz.

Norman palideció. Por un instante pareció perder el dominio sobre sus reacciones y no supo qué decir, sólo balbució:

—¿Anne? No es posible... ¿Quién...?

—Lo estamos buscando. Quien fuera que la mató, la odiaba profundamente, y está desequilibrado sin duda. Le cortó la cabeza y la dejó como trofeo. Luego volvió a buscarla y echó el cuerpo al río.

Norman Simons, terriblemente pálido, retrocedió a trompicones hasta encontrar una silla en la que derrumbarse.

—No puede estar hablando en serio...

—Alguien que la odiaba —repitió Lambert, impertérrito.

De pronto, Simons dio un salto.

—¡Ya comprendo! —vociferó—. ¡Tú me has metido en esto! ¿No es cierto, maldito embrollón?

—Tranquilo, Norman. Hay un polizone delante.

—¡Al infierno la policía! Tú, condenado... ¿Qué te traes entre manos? Anne me mandó a paseo por ti... ¿No es verdad?

—Estás desbarrando.

—¡Maldito!

—Ella te mandó a paseo porque se necesitaba mucha paciencia para soportarte.

Lambert pasaba su mirada de uno al otro. Parecía muy divertido.

—¡Paciencia! —rugió Simons—. Ella te prefirió a ti, maldito si sé por qué razón. Pero tú estabas más interesado en Peggy porque es quien maneja la bolsa. Peggy controla su dinero, el dinero de las dos..., y no era poco. Debí haberlo pensado mucho antes.

Johnny sacudió la cabeza con evidente disgusto.

—Estás buscando un buen puñetazo en la nariz, muchacho.

—¡Te voy a...!

Norman avanzó, belicoso. Johnny se levantó como impulsado por un resorte y antes que Lambert pudiera intervenir, su puño zumbó como un rayo, estrellándose en el mentón de su adversario.

Simons abrió los brazos y voló hasta encontrar una silla, que

derribó, desplomándose sobre ella y haciéndola pedazos.

Rugiendo, se levantó, acariciándose la cara.

Lambert se interpuso entre los dos.

—¡Ya es suficiente, quietos o les pongo las esposas!

Se miraron como dos gallos de pelea. Luego. Johnny se relajó.

—No voy a decir que lo siento —gruñó—. Hace mucho tiempo que deseaba sacudirle un buen puñetazo.

—¡Siéntese, McDaniel!

—Bueno...

—Y usted, Simons, deje de lado sus ansias belicosas y estese quieto. Ya ha habido bastante ruido.

—¡Le haré tragar los dientes!

—¿A mí? —Lambert parecía dolido.

—¡A ese traidor indecente!

—¡Oh, bueno...! Pero en otra ocasión, ¿eh? ¡Siéntese!

Retrocedió, tomó otra silla y se dejó caer en ella furiosamente, bufando de ira.

Lambert sacó un paquete de cigarrillos y eligió uno con cuidado. Lo encendió y expelió el humo con calma antes de decir:

—De modo, señor Simons, que Anne Murray rompió con usted a causa de McDaniel...

—¡Así fue!

Johnny se limitó a menear la cabeza, disgustado.

—¿Se lo dijo ella?

—¡Sí! Bueno... No claramente. Pero no era preciso que lo dijera con todas las letras. Yo lo supe perfectamente.

—Tengo entendido que McDaniel es el novio de la señorita Peggy actualmente...

—¿Novio? ¡No me haga usted reír, hombre! Es mucho más que eso... Pregúntele cuántas veces se han acostado juntos.

Johnny se levantó de un brinco.

—¡Voy a romperte la crisma! —dijo.

—¡Siéntese, maldita sea!

Se detuvo, lleno de cólera. Luego volvió a sentarse.

—Quedamos en que son novios —dijo Lambert, satisfecho—. ¿Lo eran ya cuando Anne rompió con usted?

—No... Entonces empezaban a tontear. Ya sabe cómo son estas cosas. Ese renacuajo se dio cuenta que Peggy era quien manejaba la

fortuna familiar y realizó sus cálculos desde el principio, eso es lo que hizo.

—Muy interesante —murmuró el superintendente—. Pero da la casualidad de que no se casó con Peggy Murray. Y que quien ha sido asesinada es Anne...

—¡Debía estorbarle para sus propósitos!

Johnny dijo:

—Vas a encontrarte con una bonita demanda por difamación y libelo, idiota. Ni empeñándote las pestañas podrás pagar lo que te costará.

—¡Vete al infierno!

—McDaniel —dijo Lambert—, cierre la boca. Empieza a ponerme nervioso.

—¿Nervioso usted?

Pero calló.

El superintendente saboreó su cigarrillo unos instantes y luego murmuró:

—Me pregunto si tendría usted inconveniente en que diera un vistazo por aquí, señor Simons.

—¿Un registro quiere decir?

—Eso quizá venga después, con el correspondiente mandamiento judicial. De momento, tendría suficiente con una amplia mirada de reconocimiento.

—¿Qué espera encontrar? ¿El cuchillo manchado de sangre?

—Uno nunca sabe.

—Mire todo lo que quiera.

Lambert pareció desentenderse de ellos dos y comenzó su inspección.

Simons barbotó:

—No creas que vas a salir tan tranquilo de todo esto, hijo de perra...

Johnny se encogió de hombros.

—¡Te romperé la cabeza tan pronto ese polizón se largue!

—¿No tendrás la idea de cortármela, como a Anne?

Desde una puerta Lambert rugió:

—¡Síntese!

Gruñendo, obedeció.

Pasaron los minutos sin que ninguno de los dos hablara. Sólo de

vez en cuando se miraban como preguntándose el mejor lugar donde hundirse mutuamente un cuchillo.

Después, el superintendente reapareció, trayendo un periódico en las manos.

—Un ejemplar del *Times* —anunció—, de dos fechas atrás.

—Seguro. Ya le dije que es el que acostumbro a leer. Y si mira usted bien, encontrará también el de ayer.

—Ya lo he visto. Sólo que en el de ayer nadie ha recortado ciertas palabras..., y en éste sí.

Simons abrió la boca y olvidó cerrarla.

Johnny se levantó poco a poco, rígido, pálido y los ojos ardiendo de ira.

—¡De modo que eres tú! —jadeó, avanzando agresivo—. ¡Tú, maldito carnicero...!

Esta vez, Simons no se movió. Estaba igual que paralizado, de modo que el primer golpe le cazó completamente desarbolado y salió zumbando llevándose la silla con él.

Lambert agarró a Johnny y le empujó con fuerza hasta que su espalda golpeó la pared.

—¡Quieto ahí, condenado! —gritó Lambert—. ¿Cómo demonios cree que puedo presentar un detenido con huellas de haber sido maltratado?

—¡Lo presentará usted hecho pedazos! —rugió Johnny, avanzando de nuevo.

Lambert le sujetó, y ahora no bromeaba.

—Le pondré las esposas si vuelve a moverse, McDaniel. Y hablo en serio.

Se detuvo.

Simons estaba levantándose, aturdido, con un hilillo de sangre escurriéndose por las comisuras de la boca.

Sin embargo, su aturdimiento no parecía proceder sólo del tremendo puñetazo encajado.

—¡Tú! —jadeó—. ¿Cómo infiernos lo hiciste?

—¿Cómo hice qué?

—Plantar ese diario en mi casa.

Johnny ni se molestó en replicar.

Lambert dijo:

—Póngase la chaqueta, señor Simons. Va a venir conmigo.

—¿Es que va a detenerme a causa de esta encerrona?

—De momento, le llevo para interrogarle en mi despacho.

—¡No puede detenerme sólo por eso! ¿No comprende que todo es una trampa de ese maldito embrollón? El debió poner ese periódico aquí para que usted se tragara el anzuelo con camada y todo.

El superintendente suspiró con resignación.

—Podría creerle si usted supiera cuándo estuvo aquí McDaniel. ¿Lo sabe acaso?

—¡Claro que no! ¿Cómo voy a saberlo?

—Ese periódico estaba en medio del montón que guarda usted en esa alacena de la cocina. Póngase la chaqueta, señor Simons. Esto ha durado demasiado.

Era como si no pudiera creerlo. Miró al policía con ojos de loco, temblando de ira. Luego, su mirada asesina se clavó en Johnny y barbotó:

—Te haré pedazos, hijo de perra... Te mataré aunque sea lo último que haga en este mundo.

—Te está oyendo un policía, estúpido.

—Salga usted también, McDaniel —ordenó Lambert—. Baje y aguarde en el coche. No quiero más peleas.

Maldiciendo entre dientes, el escritor obedeció. Temblaba de cólera y hubiera querido despedazar a Simons con sus propias manos.

Peggy tenía la mirada opaca, vacía.

Sentada en el lecho, pálida y el rostro desencajado, parecía el fantasma de sí misma.

Inquieto, Johnny murmuró:

—Debes olvidarlo, cariño. Ya pasó... Todo volverá a ser como antes y yo estaré a tu lado.

Ella movió la cabeza, desalentada.

—Nada volverá a ser como antes, Johnny. Siempre seguiré viendo aquella horrible pesadilla, aquellos ojos muertos, la sangre...

—¡Por favor!

—Déjame sola, Johnny. Necesito pensar... No sé qué haré todavía...

El se levantó, lleno de angustia.

—Volveré a verte después. La señora Carmichael dice que

estarán encantados de tenerte aquí hasta que decidas qué hacer..., aunque yo, en tu lugar, no volvería a tu casa. Puedes venderla y comprar un apartamento en cualquier otra parte.

—Lo pensaré.

—¿Necesitas algo, querida, antes que me vaya?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

Johnny la besó ligeramente y abandonó la habitación.

El matrimonio estaba en la salita hablando en voz baja.

Johnny preguntó:

—¿Cuándo dijo el médico que volvería?

—Antes de la noche. ¿Cómo la ha encontrado usted?

—Mal... No reacciona.

—Dice el doctor que es cuestión de tiempo. Dígame... ¿Es cierto que ya tienen al criminal?

—Detuvieron a un hombre, es cierto.

—Por lo menos, han evitado que pueda seguir matando.

—Si no les importa, me gustaría volver al anochecer.

—Por supuesto, siempre que lo desee, McDaniel.

Se despidió y se fue.

Condujo el coche pensativo. Al detenerse en un semáforo oyó las voces de los vendedores de periódicos, pregonando los crímenes del loco que decapitaba a sus víctimas.

Los periodistas habían descubierto el filón y empezaban a explotarlo escandalosamente.

Se dirigió a Scotland Yard. Perdió casi quince minutos para encontrar un lugar donde aparcar, pero al fin pudo llegar al despacho del superintendente Lambert.

Le encontró ceñudo, examinando unos informes y tomando notas.

—Siéntese, McDaniel —murmuró Lambert—. ¿Se le ha ocurrido algo constructivo?

—Veo que les ha dado carnaza a los periódicos...

—No podía mantenerse secreto un asunto como éste. Según los reporteros, se trata de un nuevo Jack *el Destripador*, por lo menos.

—Simons... ¿Ha confesado?

—No. Consiguió un abogado y hemos tenido que soltarlo.

Johnny pegó un brinco fuera de la silla.

—¡Maldita sea! ¿Quiere decir que ese engendro anda otra vez

suelto por esas calles?

—Ciertamente. No había base suficiente para retenerlo.

—No puedo creerlo. ¿Y la nota confeccionada con los recortes, y el periódico encontrado por usted mismo?

—Alega que alguien lo puso en su apartamento. No hay manera de probar lo contrario, no hay ni la sombra de una prueba para incriminarle por esos crímenes.

—¡Lambert, si él es el asesino, ha cometido usted el mayor error de su vida...! ¿No comprende que seguirá matando?

—Le tenemos vigilado constantemente. De todos modos, le repito que no teníamos base legal alguna para retenerle.

—Ojalá no tengamos que lamentarlo todos.

—Yo también lo deseo. ¿Vino sólo a interesarse por su irascible amigo?

—No, vine a pedirle que pusiera vigilancia en la casa de los Carmichael.

Lambert estuvo observándole unos instantes con el ceño fruncido.

—¿Teme usted por su novia?

—Efectivamente, tengo miedo por ella. No sabemos cuáles pueden ser los instintos de ese carnicero... Y si mató a Anne, puede haber decidido hacer lo mismo con la otra hermana.

—Habré de consultarlo con la superioridad. No nos sobra el personal, McDaniel.

—¡Maldita sea! Usted se brindó a escoltarme a mí.

—Es distinto, porque a usted le ha amenazado directamente. Aparte de que también para destinarle un par de agentes hubiera debido pedir autorización. Pero haré cuanto pueda para complacerle.

—Está bien.

Se levantó.

Cuando llegaba a la puerta, el superintendente dijo:

—Un momento, McDaniel...

—¿Sí?

—Tenga cuidado. Usted sabemos seguro que está en la lista del asesino. No entre en lugares oscuros donde puedan sorprenderle. No deambule por callejones solitarios ni lugares peligrosos y cuando llegue a su casa, no entre sin encender la luz antes. Son

precauciones elementales, pero importantes en su caso.

—Lo recordaré.

—Eso espero. No me gustaría tener que investigar también su propio asesinato.

—Si trata de asustarme, ahórrese el trabajo. Ya lo estoy.

Salió cerrando de un portazo.

Pero asustado o no, seguía deseando tener al criminal entre sus manos, sin Lambert que pudiera impedirle machacarlo como a un reptil.

Carl Ryan empujó la puerta de su estudio y entró tras encender la luz.

El estudio era una gran nave en lo que fuera en otro tiempo garaje de una casa de dos plantas, convertida por sus propietarios en edificio de apartamentos.

Había varias esculturas abstractas en otros tantos pedestales, formas más o menos inconcretas que aguardaban la inspiración para cobrar los volúmenes definitivos que habrían de crear su propio estilo.

Algunos cuadros de sus amigos y conocidos colgaban de las paredes, entre máscaras africanas de horrible mueca, libros y armas antiguas.

Carl arrojó la chaqueta de piel sobre una silla y tumbándose en el camastro adosado a un rincón desplegó el periódico.

Leyó una vez más los detalles de los horrendos crímenes, y los esfuerzos de la policía por desentrañarlos. Se enteró de que aún no habían identificado el cuerpo sacado del río ni hallado la cabeza que le correspondía, así cómo seguían buscando los despojos de Anne Murray.

Impresionado, dejó el periódico a un lado y se levantó. Sentía la boca seca y no podía olvidarse de su compañera muerta.

Tomó la botella de *whisky* de un estante y se sirvió una buena dosis. Vació casi todo el vaso de un trago y volvió a sentarse en el borde del camastro.

Pasó la mirada por sus obras. Pensó que si esa noche tuviera que trabajar, de sus manos no saldrían más que cabezas cercenadas con la horrenda mueca de la muerte.

De pronto, las esculturas parecieron Cobrar vida propia ante sus

ojos. Estupefacto, comprobó que oscilaban, cual si cambiaran de forma, como amebas repugnantes y estremecidas...

Dejó caer el vaso, asustado sin saber por qué.

A su alrededor todo era ahora borroso, como sumido en una niebla sucia.

Por entre la niebla, y en tanto su cuerpo oscilaba atrás y adelante, le pareció que una mano surgía de la puerta entornada. La mano reptaba por la pared como un reptil, hasta hallar la llave de la luz...

El estudio se oscureció de pronto. Una oscuridad densa, viscosa. El pánico le dominó y trató de levantarse.

Sólo consiguió derrumbarse hacia atrás y quedar atravesado sobre la cama, respirando entrecortadamente.

En la oscuridad, la puerta acabó de abrirse. Unos pasos cautelosos avanzaron y la respiración jadeante de alguien sometido a una tremenda tensión turbó el silencio.

Los pasos de la muerte se detuvieron junto al lecho. El escultor estaba caído de través y su cabeza colgaba a un lado, inerte.

La oscura e imprecisa sombra del intruso se deslizó hacia la pared. Entre dos grotescas máscaras africanas pendía un enorme sable de ancha hoja y doble filo.

Las manos lo arrancaron de la pared. Después, los pasos regresaron hacia el camastro, donde la cabeza continuaba colgando a un lado.

Los vecinos advirtieron que algo estaba sucediendo en el estudio del bohemio escultor cuando oyeron el tremendo estrépito que surgía del antiguo garaje. A alguien se le ocurrió llamar a la policía y todo el mundo se asomó a las ventanas.

Aunque a nadie se le ocurrió bajar a comprobar por sí mismo qué estaba pasando. Quién más quien menos había leído los periódicos y una sensación, aún imprecisa, de pánico, comenzaba a extenderse por todo Londres.

Después, el estrépito cesó, apenas un par de minutos antes de que llegara la policía con uno de sus rápidos coches patrulleros.

Enfocaron los faros hacia el patio hasta entonces sumido en sombras. Los dos guardias entraron, mirando perplejos las caras asomadas a las ventanas.

No había la menor señal de disturbio por ninguna parte.

Uno de los vecinos, desde su ventana, señaló el viejo garaje.

—¡Allí! —gritó—. ¡Parecía como si quisieran echar abajo las paredes!

Los dos policías se encogieron de hombros. Yendo hasta el estudio llamaron a la puerta y al no obtener respuesta la empujaron, comprobando que estaba abierta, libre la entrada...

El interior, oscuro, se les antojó la entrada de una caverna.

Uno gruñó:

—Debe haber alguna luz aquí...

Entró y tanteó la pared hasta que la luz se encendió.

Ambos se quedaron muy quietos, estupefactos por el destrozo que reinaba en el estudio. Todo había sido roto, machacado, pulverizado como si hubiera pasado un huracán entre las cuatro paredes.

De repente, uno de ellos empezó a dar arcadas y se volvió.

El otro, los ojos desencajados, siguió mirando como hipnotizado el mutilado cadáver del escultor, caído sobre la cama.

El policía retrocedió a trompicones y casi derribó a su compañero, encorvado, vomitando.

Como si estuviera borracho, el pobre hombre se fue hacia el coche dando bandazos. Apenas si encontró voz con que radiar el informe...

Luego, casi con alivio, imitó a su compañero apoyado en la carrocería del auto.

El superintendente encendió un cigarrillo y dejó que los fotógrafos de la policía hicieran su trabajo.

Salió a la puerta que daba al patio. Ahora había una multitud apenas contenida más allá del arco de entrada, y un grupo de reporteros que protestaban a causa de que los policías les impedían colarse al escenario del crimen.

Lambert, a pesar de su flema, de su inveterada calma, sentía el estómago golpearle en la garganta cada vez que pensaba en aquella pavorosa visión de la cabeza colgando de la lámpara, atada con sus propios cabellos, y el cuerpo desnudo del hombre atravesado en la cama.

Estaba apurando el cigarrillo cuando llegó el médico forense.

—Ahí dentro tiene usted algo bueno, doctor —refunfuñó—. Diviértase.

—Oiga, Lambert. Tengo entendido que se trata de otro cuerpo sin cabeza... ¿Qué diablos está pasando en esta podrida ciudad?

—Me gustaría mucho saberlo, palabra. Por lo menos, aquí encontrará usted la cabeza, aunque no la toque hasta que acaben los fotógrafos.

El médico se fue trotando hacia el escenario de la carnicería.

Apenas había desaparecido, un coche policíaco llegó con la sirena aullando. La gente se arremolinó para dejar paso a un guardia de aspecto impecable e indiferente, que llevaba con él a Johnny McDaniel.

—Hola, McDaniel —gruñó Lambert—. Entre ahí y eche un vistazo. Quiero que identifique a la nueva víctima de ese matarife.

—¡Ése es el estudio de Carl...!

—Y éste la víctima, creo.

Johnny se asomó a la puerta. Retrocedió tan aprisa como si hubiera rebotado.

—¡Es él! —jadeó—. ¡Carl Ryan!

—Recordaba perfectamente esa cara, pero no estaba seguro del nombre —dijo el superintendente.

—¡Maldita sea, Lambert! No debió soltar a Simons.

—Le repito que no podía retenerle, pero si ha sido él está listo. Tengo hombres vigilando todos sus pasos.

—Eso me tranquiliza... ¿Cómo lo hizo esta vez?

—Con una enorme espada de doble filo. Supongo que era una de las que el propio Ryan tenía colgadas en la pared. Otra cosa, McDaniel; hemos localizado el coche de la señorita Murray.

—¿Dónde?

—Cerca del río, naturalmente. Hay sangre en el compartimento posterior para hacer navegar a un acorazado. Estamos casi seguros que Anne Murray fue asesinada dentro de ese coche.

Johnny se estremeció violentamente.

—¡Tiene usted que encerrarlo, Lambert! —masculló, rebosante de ira.

—¿A Simons? Veremos.

—¡Oiga, maldita sea! Parece como si usted no creyera que él es el asesino.

—Yo nunca creo nada por anticipado, McDaniel. Me atengo a las pruebas.

Se interrumpió cuando uno de sus hombres llegó, procedente del lugar donde estaban aparcados los coches oficiales.

—He conseguido comunicar con el agente Brook, señor.

Lambert asintió.

—Brook es uno de los hombres encargados de vigilar los pasos de Simons —explicó—. Bien, ¿dónde está ahora el sospechoso?

—Brook lo perdió, señor. Dice que le dio esquinazo desde el apartamento, saliendo por la escalera de escape posterior. Brook sigue allí, para detenerle cuando regrese.

Lambert no pudo contener un rotundo juramento poco acorde con su calma habitual.

Johnny sintió tentaciones de golpearle.

—¡Condenación! —rugió—. ¡Le advertí que mataría otra vez!

—No alborote, McDaniel.

Éste le miró, iracundo. Luego dio media vuelta y se marchó, casi corriendo.

Lambert se encogió de hombros y le olvidó, preocupado por el grupo de reporteros que exigían noticias.

Pensaba en la alarma que iba a extenderse por toda la ciudad cuando este nuevo y salvaje asesinato se hiciera público.

CAPÍTULO V

Llegó a su estudio y abrid la puerta. Fugazmente, recordó los consejos del superintendente relativos a la oscuridad, pero estaba tan furioso que entró a oscuras buscando en la pared la llave de la luz.

Sonó como un jadeo a su lado, y un golpe tremendo le cazó de refilón, tirándole de espaldas.

Por un instante creyó que la cabeza le volaba de los hombros.

Rodó sobre sí mismo, asustado, pero mucho más enfurecido que asustado.

Entonces se encendió la luz. Parpadeó, deslumbrado, al tiempo que se levantaba de un brinco.

Norman Simons se le aproximaba con los puños cerrados, hosco y vengativo.

—Ahora no tienes el policía guardándote las espaldas, bastardo —barbotó Simons.

—¡Tú, maldito carnicero...!

Simons disparó un puño como un balón. Sólo que ahora, Johnny estaba en pie y prevenido. Le esquivó a duras penas y le paró de un zurdazo que se hundió hasta la muñeca en el abultado estómago del asaltante.

Simons emitió un quejido y se dobló. Loco de ira, McDaniel saltó sobre él y le clavó la rodilla en la ingle con un furor salvaje.

Simons voló, aullando. Parecía muy preocupado por cuál de los dos lugares machacados acariciar primero.

Antes que pudiera decidir semejante duda, Johnny volteó el brazo y le incrustó el puño en la cara. Sonó un crujido y hubo un surtidor de sangre cuando la nariz se rompió.

Simons se fue al suelo hecho un ovillo, rugiendo de dolor.

—¡Levántate, matarife del demonio, no voy a dejarte un hueso sano! —Gruñó McDaniel.

Simons le miró con los ojos turbios de odio.

—¡Te mataré...! —jadeó.

—¿Como a Carl Ryan?

—¿Qué?

—¡Levántate!

—¿Qué dijiste de Ryan?

—Lo sabes muy bien, matarife. Nunca olvidaré la cabeza del pobre muchacho colgando de la lámpara.

Simons parecía aturdido, y no sólo por los golpes.

La sangre le brotaba a chorros de la nariz torcida. Escupió al suelo y se apoyó en las manos para levantarse.

Perdido el control, Johnny disparó un puntapié que incidió en la ya machacada cara. Con un alarido, Simons rodó sobre sí mismo golpeándose contra una mesa y se quedó quieto.

Jadeando, Johnny le agarró por los albinos cabellos, arrastrándole hasta el cuarto de baño.

Le introdujo en la bañera y abrió el agua fría.

El agua se tiñó de rojo, pero consiguió despejar al maltrecho asaltante, que se recobró en parte.

—¡Ya basta! —bufó—. ¡Cierra el agua de una vez...!

—No creas que esto ha terminado, chacal.

Simons quedó sentado en la bañera. Su aspecto resultaba deplorable, empapado hasta los huesos, con la cara sangrando y la camisa manchada de rojo. Un ojo empezaba a cerrársele y de la ceja brotaba también un hilillo de sangre.

—¿Carl... está muerto? —tartajeó.

—Como si no lo supieras.

—¿Cómo infiernos voy a saberlo?

—Tú le has decapitado. ¿Vas a negarlo ahora?

—¡Maldito seas, McDaniel! ¿Cómo he de decirte que yo no he matado a nadie?

—Le diste esquinazo al policía que vigilaba.

—Bueno, sí.

—Y fuiste al estudio de Carl.

—¡No fui allí! Vine aquí directamente. Quería ajustar cuentas contigo, eso es lo que quería hacer. Hace mucho tiempo que lo estaba deseando... Desde que Anne me mandó al infierno por tu culpa.

—Yo no tuve nada que ver con eso, pero maldito si importa este asunto ahora. ¡Sal de ahí!

Un tanto atemorizado, el obeso Simons salió de la bañera con las ropas chorreando, ensangrentado, la cara tumefacta y muy inseguro sobre sus piernas.

—No comprendo nada de lo que ocurre —jadeó, tambaleándose—. Primero Anne, y ahora Carl Ryan...

—Y otra muchacha entre los dos, sólo para entrenarte.

Sacudió la cabeza, exasperado.

—¡Yo no hice nada de eso! ¿Por qué había de matar a nadie?

—¡Porque estás tan loco como un chivo, ni más ni menos! Siempre tuviste cosas muy raras, y por lo visto el tiempo te ha empeorado.

—¿Quién es aquí el loco? Si yo fuera esa especie de verdugo, hubiera venido aquí armado de un cuchillo y a estas horas estarías amargándole la vida al demonio. ¿No te das cuenta?

Johnny pensó sobre eso, intrigado a su pesar al reconocer que Simons tenía buena parte de lógica en lo que decía.

—Bueno, echa a andar...

Le empujó hacia el estudio. Revolvió en las profundidades de un cajón y cuando sacó la mano empuñaba una aplanada pistola automática de muy mal aspecto.

—Iremos a dar un paseo, Simons —le dijo, balanceando el arma—. Y déjame decirte que no vacilaré en meterte una bala si intentas el menor gesto agresivo.

—¿Adónde piensas ir?

—Ya te indicaré el camino... Tú conducirás. Andando.

Le obligó a conducir el «Triumph» a buena marcha. Cuando Simons comprendió el destino de ese viaje empezó a gruñir, pero ya estaban llegando y aparcó detrás de los coches policiales concentrados en un extremo de la calle.

—Recuerda que tengo una pistola, héroe —le advirtió Johnny, empujándole hacia el grupo de mirones que rodeaban la entrada al patio de la casa del crimen.

Les abrieron paso, mudos de estupor ante el terrible aspecto del ensangrentado Simons.

También Lambert dio un salto al descubrirles.

—De modo que le ha cazado usted —gruñó—. Y por lo que veo,

no ha podido tener las manos quietas.

—Déjele que se explique él, superintendente. Estaba esperándome en mi estudio y me sacudió un puñetazo de campeón en cuanto entré.

—¿Es eso cierto, Simons?

Éste abatió la cabeza.

—¿Para eso dio esquinazo a mi agente?

—Sí, quería... Bueno, ¿para qué hablar?

—¿Para qué? Yo diría que para salvar su pescuezo, pero ya hablará en mi despacho. ¡Jansen!

Un agente uniformado llegó corriendo.

—Llévese a este hombre. Está detenido. Y que el médico trate de componer lo mejor posible esa cara.

—Sí, señor.

Se lo llevó sin contemplaciones.

—¿Han terminado ahí dentro?

—Ahora van a llevarse el cadáver. Oiga, McDaniel, ¿por qué se marchó usted como si le persiguieran?

El se encogió de hombros. No podía decirle que había ido a recoger una pistola para buscar a Simons por su cuenta.

—Usted me puso furioso, eso es todo —dijo.

Durante unos minutos, el policía le ignoró, ocupado en repartir órdenes a sus hombres.

Después, y mientras encendía un cigarrillo, dijo como al desgaire:

—Usted conoce el ambiente de estos muchachos, McDaniel, porque en cierta forma es uno de ellos.

—No saque conclusiones tan pronto. A mí sólo me admitían en sus tertulias gracias a Peggy. Para ellos, yo soy una especie de reaccionario, si sabe lo que quiero decir.

—Bueno, para el caso es lo mismo. Se me ha ocurrido que detrás de esos crímenes podría haber cierta rivalidad, digamos, artística. El asesino se ha cebado en dos escultores, y no se ha contentado con asesinarles, sino que ha destruido también sus obras.

—Y la otra muchacha cuyo cuerpo encontraron, ¿era escultora también?

—No lo sabemos todavía. Pero trate de pensar en si en esas reuniones o tertulias se puso de manifiesto alguna clase de

rivalidad...

—No adelantará nada por ese lado —gruñó Johnny—. Siempre había rivalidades entre el grupo. Discutían hasta quedarse roncos, machacándose verbalmente unos a otros artísticamente. Pero eran los mejores amigos del mundo, superintendente, de eso puede estar seguro.

—¿Cuántos escultores más existen que usted conozca y que pertenezcan a la pandilla?

—Dos más... Walter Meyer y Jane Adams.

—Ya veo. Hablaré con ellos.

—¿Ha dejado entrar a los periodistas?

—No tuve más remedio. La Prensa tiene sus derechos.

—No quisiera estar en su pellejo, Lambert cuando salgan los periódicos de la mañana.

Se estrecharon las manos y el escritor se fue en busca del coche, impaciente por ver de nuevo a Peggy.

Encontró al doctor hablando con los esposos Carmichael. Con un solo vistazo se dio cuenta de que el médico no estaba precisamente satisfecho.

—¿Qué sucede, doctor? —le espetó—. ¿Cómo está Peggy?

—Demasiado nerviosa. Sería una gran cosa poder llevarla fuera de Londres, a un lugar tranquilo, completamente distinto a la ciudad, donde pudiera pasear, respirar aire puro... y olvidar.

—¿Tan mal está?

—Nerviosa —repitió—. Su reacción es lenta. El *shock* que sufrió fue, desde luego, terrible, pero una muchacha tan joven y sana debería tener más facilidad de sobreponerse... Quizá fuera también preferible que la examinara un psiquiatra.

Johnny se estremeció.

—Ya veo... Subiré a hablar con ella.

—Ha preguntado por usted, señor McDaniel —murmuró la señora Carmichael.

El asintió.

No había llegado a la puerta, cuando del piso superior llegó tal alarido que los cuatro quedaron un instante paralizados de espanto.

Tras ese primer momento de paralizante estupor, Johnny se lanzó escaleras arriba. El aullido de la muchacha se repitió cuando

él desembocaba en el rellano superior.

Para entonces tenía la pistola en la mano. Irrumpió como una tromba en el dormitorio, viendo a la muchacha sentada en la cama, rígida, el rostro desencajado de terror, barbotando incoherencias y aferrando los puños en las ropas de la cama.

—¡Peggy!

La sujetó por los hombros, sacudiéndola. Tras él, el médico se precipitó hacia la empavorecida muchacha.

—¿Qué pasó, Peggy? ¡Responde, pequeña! ¿Qué fue lo que te asustó?

Ella miraba ante sí sin ver, con el cuerpo sacudido por los entrecortados sollozos.

—¡Apártese!

El médico le empujó a un lado.

De pronto, Peggy disparó el brazo y señaló la ventana.

—¡Allí...! —barbotó.

De un salto, Johnny estuvo en el ventanal, abriéndolo y asomándose al exterior.

No vio nada fuera de lo común. Un poco más abajo había el tejadillo de un invernadero, y más allá, el jardín reducido y la valla que lo separaba de la estrecha calle posterior, todo ello sumido en penumbra.

Volvió atrás, perplejo.

¿Qué fue lo que viste?

Ella luchó por hablar, mientras el doctor preparaba una inyección.

Al fin susurró:

—¡Anne!

Johnny casi se cayó de espaldas.

—¿Quieres decir que viste a Anne en esa ventana?

—¡Sí, sí!

—Bueno, tranquilízate. Ha sido sólo una pesadilla, pequeña.

—¡No, Johnny! He visto a Anne... Me miraba... Y tenía una expresión horrible, amenazadora...

El médico meneó la cabeza.

Johnny gruñó:

—Peggy, debes sobreponerte, ¿no comprendes que es imposible que vieras nada semejante? Anne está muerta, y cuanto antes

aceptes ese hecho, antes estarás en condiciones de reanudar tu vida normal.

Ella seguía sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Te juro que la vi!

El médico le puso la inyección sin que ella pareciera advertirlo siquiera.

Luego dijo:

—Trate de descansar, señorita Murray. No volveremos a dejarla sola.

Ella estaba recobrando las fuerzas, y con ellas la capacidad de terror.

—¡Tienes que creerme, Johnny! —sollozó.

—Comprendo que hayas creído ver algo al otro lado de la ventana... Quizá la sombra de un árbol destacada por el reflejo de los faros de un coche o algo así.

—¡Era Anne!

De pronto, el terror y el inyectable hicieron su efecto y la muchacha se deslizó hacia atrás.

Instantes después estaba inconsciente.

Desbordado por los acontecimientos, Johnny se encaró con el médico, olvidado de los esposos Carmichael, que no se habían atrevido a pasar de la puerta.

—¿Qué cree usted que ha podido suceder, doctor?

—No me lo explico... Una pesadilla tal vez. Al despertar sobresaltada, quizá ha creído que lo soñado se convertía en realidad.

—Nunca he visto a nadie que a causa de una pesadilla demuestre tanto horror.

—Ya le advertí que esta muchacha está bajo los efectos de un profundo trauma psíquico.

No muy convencido, Johnny descendió a la planta baja y salió al jardín.

No sabía qué buscaba. Sólo deseaba convencerse a sí mismo de que, realmente, Peggy había sufrido una espantosa pesadilla.

Desde el jardín, pequeño y exquisitamente cuidado, levantó la mirada hasta la ventana de la habitación donde ahora reposaba la muchacha.

El invernadero se alzaba adosado a la casa. En un rincón había

una escalera por la que, si alguien hubiera asomado por la ventana, podía haber subido y bajado sin dificultad.

A partir de la escalera, Johnny examinó el suelo pulgada a pulgada.

Se convenció de que una cosa es describir en una novela de misterio las huellas que un experto es capaz de encontrar, y otra muy distinta hallarlas realmente.

El no halló el menor rastro de un intruso.

Preocupado, regresó a la casa.

—¿Encontró algo? —indagó el médico.

—Nada en absoluto.

El médico meneó la cabeza.

—No ha visto nada, créame. Ha sido sólo una pesadilla.

Y se fue, prometiendo volver más tarde.

Johnny subió a la habitación de Peggy. Ahora, ésta descansaba plácidamente gracias al sedante.

Junto a ella se encontraba sentada en una silla la dueña de la casa.

El señor Carmichael susurró desde la puerta:

—Mi esposa se quedará con ella, amigo McDaniel. No debe preocuparse.

—Oiga, señor Carmichael... Esa escalera que hay al lado del invernadero, ¿siempre la tienen ustedes ahí, apoyada en la pared?

—¿Qué escalera?

El corazón le dio un vuelco.

—He visto una escalera junto al invernadero, pegada a la pared de la casa.

El hombre dijo, extrañado:

—Tenemos una escalera de mano, pero la guardo en el garaje. ¿Quiere decir que alguien la ha cambiado de lugar?

Johnny se quedó helado.

—La escalera está ahora donde yo le digo —murmuró—. Lo cual demuestra que Peggy, realmente, ha visto «algo».

—Voy a verlo por mí mismo.

Los dos hombres salieron al jardín, donde el dueño de la casa comprobó que la escalera estaba realmente donde le había indicado Johnny.

—Creo que sería conveniente que advirtiera usted a la policía —

dijo, impresionado—. Alguien ha traído la escalera hasta este lugar.

—Lo haré ahora mismo. No la toque. Y por favor, vigilen a Peggy hasta que yo pueda volver.

Tomó el coche y salió disparado. Ahora, el miedo se había adueñado de él por completo, porque se daba cuenta de que una amenaza letal pendía sin ninguna duda sobre la cabeza de la muchacha.

CAPÍTULO VI

—¿Cree usted que el asesino ha utilizado la cabeza de Anne para asustar a Peggy?

Lambert gruñó:

—Por supuesto que no.

—Entonces...

Johnny estaba desconcertado.

—Sólo cabe una explicación lógica. El criminal ha intentado sorprender a la señorita Murray. Ella estaba aún bajo los efectos de la terrible impresión sufrida y debido a la escasa luz ha creído ver la cara de su hermana, cuando en realidad no era así.

—Pero pudo ser la cabeza de Anne la que hicieran asomar por la ventana.

—No, McDaniel, déjese de darle vueltas a esa teoría.

—¿Por qué está tan seguro?

—Por una razón muy sencilla, amigo mío. La señorita Murray está segura que la cara que la miró era de una persona viva. ¿Comprende? Una cara con expresiones cambiantes, de ojos amenazadores, «vivos». Ahí radica la diferencia.

—Ya entiendo.

—No existe ninguna duda de que alguien se encaramó sobre el invernadero, pero no Anne Murray, puesto que está muerta. Tampoco la cabeza cortada de la pobre muchacha, porque una cabeza muerta después de tanto tiempo está rígida, desfigurada, tanto que apuesto que nadie la reconocería al primer vistazo.

—De cualquier modo, supongo que ahora pondrá usted vigilancia en esa casa.

—Seguro que lo haré. Nadie podrá acercarse a Peggy Murray sin ser interceptado.

Johnny suspiró, tranquilizado.

Luego indagó:

—¿Qué hay de Simons?

—Nada. Le tenemos retenido, pero habrá que soltarlo al término del plazo legal.

—Sinceramente, superintendente..., ¿cree que es inocente?

—Todo induce a pensar que sí.

—Bueno, entonces estamos peor que al principio.

—Esperemos que ese carnicero cometa un error... —masculló el policía, ceñudo.

—¿Qué error, y cuándo? ¿Después que haya decapitado a medio Londres?

—No se ponga histérico. Ya habrá bastante histeria cuando salgan los periódicos de la mañana.

Con un gruñido, Johnny le dejó para asegurarse de que Peggy seguía descansando en compañía de la señora Carmichael. Después regresó a la planta baja.

Lambert estaba dando instrucciones al agente llamado Jansen, y cuando terminó se despidió apresuradamente y desapareció.

Johnny le imitó poco después.

Condujo casi por inercia hacia los lugares frecuentados por el grupo de amigos que se había visto diezmado de modo tan sangriento. Entró en un pequeño bar y pidió de beber.

Minutos más tarde, entraron los dos jóvenes artistas.

Eran Walter Meyer y Jane Adams, los dos más bebidos que de costumbre.

—Quisiera emborracharme hasta caer al suelo —anunció el joven escultor—, sólo para no pensar en lo que ha sucedido, McDaniel.

—Te comprendo perfectamente.

La muchacha se tambaleó sobre los pies y susurró:

—Emborracharse no conduce a nada, sólo a ver visiones.

—Algo es algo.

Walter agarró a Johnny por el brazo, apoyándose en él pesadamente.

—Tú..., ¿viste a Carl?

—Sí.

—¿Es tan horrible como dicen?

—Peor.

Jane susurró:

—Nos matará a todos... Tiene algo contra nosotros.

—No desbarres, nena.

—Lo sé... Estoy segura.

Johnny pidió cerveza para los tres. Luego murmuró:

—Si fuera posible saber los motivos que le impulsan a matar, podríamos cazarlo...

Walter apartó el vaso de cerveza de sus labios cuando lo hubo vaciado.

—Un loco no necesita ningún motivo, Johnny —barbotó.

Jane dijo con voz tartajosa:

—Yo quiero algo más fuerte que cerveza...

—No lo conseguirás a estas horas.

—Entonces, me voy a casa... Tengo una botella estupenda.

Walter se encogió de hombros.

Johnny, decidiéndose, murmuró suavemente:

—El superintendente anda buscándote, Walter.

—¿A mí?

—Quiere interrogarte.

—Ya lo hizo al principio... A mí y a todos los demás.

—Ahora tiene otras ideas.

La muchacha volvió a su idea fija.

—Me voy a beber hasta caer tumbada. ¿Alguien me acompaña?

No le hicieron caso. Walter empezaba a inquietarse.

—¿Qué ideas? —preguntó—. ¿Tratas de decirme algo concreto, o estás más bebido que nosotros?

—Lambert piensa que en estos crímenes puede haber algo parecido a celos profesionales o algo así.

—No lo entiendo.

—Se basa en la destrucción de las esculturas de las víctimas. Según él, el asesino no sólo quiere destruir a los escultores, sino a sus obras.

—Está chiflado —barbotó el escultor—. Completamente chiflado... ¿Y por eso quiere interrogarme?

—Poco más o menos.

De súbito, el joven se enderezó, echando chispas.

—¡Maldita sea su estampa! ¿No creerá que yo soy ese sanguinario monstruo?

—Eso habrás de preguntárselo a él.

—Era lo que me faltaba por oír... ¿Dónde está ahora esa lumbrera; lo sabes?

—Supongo que en su despacho del Yard.

—Iré a ponerle cada tornillo en su sitio.

Se balanceó sobre las piernas, atrás y adelante. Con un esfuerzo se apartó del mostrador y gruñendo contra la policía se dirigió a la puerta y desapareció sin despedirse siquiera.

Jane dijo, vacilante:

—Le ha dado fuerte, ¿eh?

—Lo mejor que puede hacer es aclarar el asunto con el superintendente de una vez por todas.

—Johnny, ¿vienes conmigo?

—No... Ya he bebido bastante por esta noche.

Ella titubeó:

—No... lo decía sólo por la bebida...

—¿Entonces...?

—Tengo miedo, eso es todo.

—¿Miedo?

Ella asintió. A Johnny se le antojó que estaba mucho peor de lo que aparentaba.

—¿De qué, del asesino?

—¿De quién si no? Yo también vivo sola, en mi estudio... Antes dije lo de la botella para que tú o Walter vinierais conmigo.

—Eso son tonterías, pequeña.

—No lo son. Me vigila, Johnny.

Éste casi dio un salto.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Lo siento, ¿comprendes? Siento como si unos ojos demoníacos no se apartaran de mí en todo el tiempo.

—Has bebido demasiado, Jane, eso es lo que te pasa.

Ella sacudió la cabeza. Parecía a punto de llorar.

—Por favor, Johnny, no me dejes sola ahora.

El escritor suspiró resignadamente.

—Muy bien, te acompañaré —concedió a regañadientes—. Sólo para que veas que en tu estudio todo está en orden.

—Gracias. No podría ir allí sola...

La llevó con él hasta el coche. La muchacha apenas se tenía de pie.

Condujo por entre el escaso tráfico hasta las proximidades de la calle donde la muchacha tenía su estudio.

Después caminó a su lado, dejándola que se apoyara pesadamente en su brazo hasta la angosta entrada del viejo edificio.

La escalera, estrecha, estaba oscura como boca de lobo. La muchacha estuvo casi medio minuto tanteando la pared del zaguán antes de localizar la luz.

Subieron juntos hasta el estudio. Allí, Jane empezó a revolver en su gran bolso para encontrar la llave.

Johnny empujó la puerta entretanto.

La puerta giró con un leve chirrido.

—Recuerdo que ninguno de vosotros cierra nunca las puertas, Jane —comentó.

Ella se quedó rígida.

—¡No entres! —chilló cuando él ya avanzaba.

—¿Qué te pasa ahora?

—No entres... Yo cerré la puerta cuando salí. Con llave, Johnny... Lo recuerdo bien... Nunca la cerraba antes, pero desde que están sucediendo todas estas cosas... ¡Te juro que la cerré!

El titubeó. Vio el pánico en los bonitos ojos de la muchacha y dijo:

—Está bien, cálmate. Ojalá ese engendro esté ahí dentro, esperando cometer otro asesinato.

Sacó la aplanada pistola y corrió el seguro. Tras esto, acabó de abrir la puerta de un empujón y la pálida luz del descansillo penetró ante él en la oscuridad.

—¿Dónde está el interruptor, Jane?

—A la derecha... ¡Por favor, Johnny, ten cuidado!

De pronto, el mecanismo automático de la luz de la escalera chascó sumiéndoles en tinieblas.

Jane no pudo evitar un débil grito.

—No te alborotes —gruñó él—, debes saber que la luz de la escalera es automática.

—Lo sé, pero...

No terminó. Dentro del estudio se oyó un golpe seco y algo se derrumbó haciéndose pedazos con estrépito.

Esta vez, Jane lanzó un alarido incontenible.

Johnny se detuvo en seco, un paso dentro de aquella negrura

impenetrable. Se enfureció al darse cuenta de que estaba temblando.

Mantuvo la pistola firme y tanteó la pared.

Tras él, Jane suplicó:

—¡No entres, no me dejes aquí, Johnny!

—¡El maldito está ahí dentro, Jane! Ahora podré darle lo que merece...

En alguna parte un postigo golpeó. El aire se arremolinó a su alrededor arrancando otro grito a la muchacha.

Al fin, Johnny encontró el interruptor y la luz central del estudio barrió las sombras.

Un gran jarrón pintarrajeado estaba en el suelo hecho añicos.

La ventana, abierta de par en par, dejaba entrar el aire fresco de la noche.

Todo lo demás estaba en orden. Los cuadros en las paredes, las esculturas obra de Jane, un caballete sosteniendo una tela abocetada...

Johnny abrió la puerta del baño, comprobando que no había nadie oculto. Luego se lanzó hacia la ventana y asomándose vio el tramo de escalera de emergencia que se hundía en la negrura del callejón.

Allá abajo, en aquella especie de pozo sin fondo, sonó un golpe fofo, como de alguien al saltar al suelo desde el último tramo de escalones y luego silencio.

—¿Le has visto? —jadeó la muchacha.

—No... Pero no cabe duda que ha huido por aquí.

—¡Te lo dije! Me matará... Nos matará a todos...

Ahora él no bromeó. Estaba asustado como jamás en su vida lo estuviera antes.

—¡Maldito matarife! —Gruñó solamente.

—¡No puedo quedarme aquí, Johnny! —sollozó la joven al borde de la histeria.

—Desde luego que no.

—Pero no sé adónde voy a ir... ¡Por Dios, Johnny, ayúdame!

—Podrías pasar la noche en el estudio de cualquiera de los otros. Seguro que no tendrían inconveniente.

Ella se estremeció.

—¿En cuál? —musitó—. ¿Y cómo sabes que el asesino no es

cualquiera del grupo?

El pensó sobre eso y hubo de reconocer que ella no carecía de lógica.

Como si quisiera acabar de convencerle, Jane añadió:

—¡Puede ser uno de ellos! ¿No comprendes? Está tratando de eliminarnos a todos los de la pandilla... ¿Cómo puedo quedarme a solas con ninguno sabiendo que puede tratarse del asesino?

—Bueno, bueno. Te quedarás conmigo. Recoge lo que necesites y vámonos de aquí.

—No quiero llevarme nada.

Así fue como, tras apagar la luz y cerrar la puerta con llave, los dos regresaron al coche sumidos en una suerte de temor casi supersticioso.

A exigencias de Jane, él revisó todo su propio estudio para convencerla de que no había nadie allí, escondido en ninguna parte.

Después descolgó el teléfono y discó el número de Scotland Yard, solicitando comunicación con el superintendente Lambert.

Jane murmuró:

—Voy a beberme todo el alcohol que tengas almacenado esta noche.

—¡Espera un minuto! No toques ninguna botella hasta que yo las haya revisado.

—¿Temes...?

La voz de Lambert, en el teléfono, resonó clara y seca.

—¿McDaniel?

—Sí. ¿Ha visto usted a Walter Meyer?

—¿Meyer?

—Uno de los escultores del grupo que ya conoce.

—No. ¿Tenía que haberle visto?

—Es extraño... Cuando se separó de mí esta noche iba decidido a verle a usted.

—Pues no ha aparecido por aquí. ¿Qué es lo que pasa con ese Meyer?

—Bueno, le indiqué que usted deseaba interrogarle. Ya sabe, respecto a su teoría de las rivalidades profesionales y todo eso. Se puso furioso y salió disparado en su busca.

—Ya veo. ¿Es eso todo?

—¡Ni mucho menos! Tengo algo más que contarle...

Le relató el episodio acaecido en el estudio de Jane y al final terminó:

—No cabe duda de que, sea quien sea, ese engendro, se ha propuesto matar a los componentes de ese grupo, incluyéndome a mí. ¿Le da eso alguna idea nueva?

—Todavía no lo sé.

—¿Y Simons?

—Nos vimos obligados a soltarle, McDaniel.

—De modo, que también él pudo ser el visitante de Jane...

—Tal vez, pero no pudo encaramarse a la ventana de Peggy Murray, recuérdelo. Cuando ella vio a alguien en su ventana, Simons estaba aún detenido.

—Sí, claro...

—¿Dónde está ahora esa muchacha?

—Conmigo, en mi estudio.

—Eso me tranquiliza. Llámeme si surge algo nueva. Estaré aquí o en mi casa. Tome nota de mi teléfono particular.

Johnny lo anotó y dejó el auricular en el soporte.

Jane se había tumbado en el diván y tenía los ojos cerrados.

—¿Estás dormida?

Ella sacudió la cabeza.

—No voy a poder dormir en un mes. Dame algo de beber.

El la miró unos instantes. Allí, tendida, parecía más niña de lo que en realidad era. Sintió una profunda ternura hacia ella.

Buscó una botella intacta, la descorchó y olió el contenido. Ya no se fiaba después de su peligrosa experiencia.

Escanció el licor en dos vasos y fue a buscar hielo. Le dio uno a Jane y él se dejó caer sentado a su lado.

Bebieron en silencio. Luego la muchacha murmuró, sin mirarle:

—¿Quieres mucho a Peggy?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿La quieres?

—Sí.

Los ojos de la muchacha centellearon.

—Es lo que imaginaba.

—No es un secreto para nadie lo que hay entre Peggy y yo.

—Claro, claro... Sólo estaba valorando las posibilidades que yo tenía ésta, noche.

Johnny se echó a reír.

—Eres terrible, pequeña.

—¿Te parece que soy realmente pequeña?

—Cambia de tema. Estoy nervioso.

—¿Y cómo crees que estoy yo?

Sin replicar, él apuró el *whisky* y se levantó para servirse un poco más.

Entonces sonó el teléfono.

Lo descolgó de un manotazo.

—McDaniel al habla.

No oyó nada.

—¡Oiga! ¿Quién diablos está ahí? —Gruñó.

El auricular emitió el seco chasquido característico al ser cortada la comunicación.

Perplejo, gruñó:

—Ha querido asegurarse de que yo estaba aquí, el maldito...

Ella dio un brinco.

—¿Quieres decir que era el asesino?

—Sin duda.

—¡Oh, Johnny!

—Ahora es cuando no tienes nada que temer. No vendrá a cuerpo descubierto, de eso puedes estar segura. Pero si viene...

—Johnny..., ¿serías capaz de disparar y matarle?

—Ya puedes apostar a que sí. Anda, acuéstate y duerme.

—¿Sola?

—Jane, no me tientes —dijo Johnny, riendo.

Se inclinó sobre ella y la besó suavemente en los labios.

—Buenas noches.

Apagó la luz y todo fue silencio.

Fuera, en algún lugar de la ciudad inmensa, vagaba la muerte.

Jansen cambió de postura y dio una mirada a su reloj de esfera fluorescente.

Estaba aburriéndose soberanamente.

Ensayó sostenerse sobre un pie para ver cuánto tiempo resistía en esa postura, pero pronto se cansó del juego y echó a andar por el reducido jardín hasta el garaje.

Allí dio media vuelta y regresó a la parte delantera. Era el

servicio más aburrido que le habían encargado nunca. Bien es verdad que llevaba muy poco tiempo en la policía. Era lo que los demás llamaban un novato.

Pero ya aprendería, de eso estaba seguro. Tenía vocación, y enormes deseos de ascender. Algún día llegaría a la misma altura que el superintendente Lambert, seguro. Todo era cuestión de estudio, vocación y suerte.

La suerte era importante.

Llegó a la fachada delantera y dio un vistazo a la puerta. Estaba cerrada y la casa a oscuras, excepto la débil luz de una pequeña lámpara en la ventana en que descansaba la muchacha.

Sí, la suerte era importante también para la carrera de un policía. Volviendo a sus reflexiones, se dijo que si podía alcanzar triunfos resonantes a lo largo de su carrera, el ascenso estaría asegurado.

Suerte, ni más ni menos.

Dio la vuelta a la esquina, sumido en sus proyectos.

Entonces, su suerte se evaporó de una vez por todas.

No llegó a saber qué era lo que sucedía realmente. Notó como si todo el fuego del infierno ardiera en su garganta de un modo súbito.

Como una llamarada.

Como un estallido.

Igual que un volcán llameante y rojo.

Rojo como la sangre.

Se desplomó boqueando y sus dedos arañaron la tierra del jardín desesperadamente, hincando las uñas, arrastrándose mientras bajo su cuerpo la sangre empapaba la tierra.

El agente Jansen jamás ascendería, como no fuera a título póstumo.

El señor Carmichael susurró:

—Debes acostarte ahora, querida. Yo la velaré.

—No tengo sueño. ¿Te das cuenta, Michael? Es casi una niña...

—Y extraordinariamente hermosa, lo sé.

Hablaban en un leve susurro por temor a despertar a Peggy, que de vez en cuando se estremecía en la cama y murmuraba frases ininteligibles, seguramente dictadas por las pesadillas.

—Insisto en que te acuestes —musitó él—. No hay ninguna necesidad de perder la noche los dos.

—Tal vez más tarde...

De pronto, Peggy parpadeó. Su voz era débil.

—Johnny. ¿Estás ahí, Johnny?

—¿Se refiere a McDaniel? No, se fue hace tiempo.

Peggy paseó la mirada del uno al otro de los esposos y trató de sonreír.

—Me temo que estoy causándoles infinitas molestias...

—Olvidelo, señorita Murray.

Poco a poco, se incorporó hasta quedar sentada en el lecho.

—¿Saben ustedes si... si han detenido...?

Los dos cambiaron una mirada.

El hombre dijo:

—No lo sabemos. Es posible que sí. Toda la policía está trabajando en este asunto.

—Y Johnny, ¿dijo cuándo volvería?

—Por la mañana, seguramente.

La señora Carmichael se levantó.

—¿Desea tomar algo, muchacha? Debe estar desfallecida...

—Sólo tengo sed.

—Le traeré algo fresco.

Fue al volverse que lo vio.

La pobre mujer se quedó rígida. Después, con una voz semejante al chirrido de una sierra, emitió un largo, agudo alarido que puso los pelos de punta a su marido.

Éste dio un salto, volviéndose.

—¿Qué te pasa?

No necesitó ninguna explicación.

El también vio la horrible pesadilla en la ventana, y si bien no gritó, el pánico atenazó todas las fibras de su cuerpo.

Pero Peggy sí dejó escapar una sucesión de aullidos que estremecieron los cristales, mientras se tapaba el rostro con las manos y sin dejar de gritar, enloquecida, se revolcaba en el lecho presa de una horrenda histeria.

Carmichael cerró un instante los ojos como para librarlos de aquella pavorosa visión. Luego, cuando los abrió, las dos mujeres continuaban chillando como locas, pero la ventana estaba vacía, desierta.

Echó a correr hacia el teléfono, tambaleándose. Antes de llegar

al aparato hubo de detenerse presa de náuseas.

CAPÍTULO VII

El superintendente Lambert, con el rostro sombrío y muy pálido, gruñó:

—No se atropelle, señor Carmichael, cuéntelo otra vez con calma.

El hombre estaba tan trastornado que apenas si conseguía articular las palabras de modo coherente.

—Sostenía aquella horrible cabeza sujeta por los cabellos, superintendente... Era una visión del infierno...

—¿Quién la sostenía?

—No sé quién era... Parecía una mujer, con largos cabellos oscuros y ojos malignos... En mi vida vi unos ojos parecidos. Y con la otra mano señalaba la cama donde estaba la señorita Murray chillando y chillando igual que loca...

—Tranquilícese. Usted dice que cree que era una mujer quién se hallaba en la ventana. ¿No está seguro de eso?

—Casi seguro. Pero sufrí tal impresión que todo se nubló a mi alrededor. Pero sí, creo que era una mujer, pero tenía el rostro tan contraído que era horrible. Y había otra cosa... Algo aún más siniestro.

Lambert estaba dispuesto a escuchar cualquier otra monstruosidad. Después de lo que había sucedido nada podría ya asombrarle.

—Siga —dijo tan sólo.

—El cuello de aquella aparición, señor.

—¿El cuello de la mujer, quiere decir?

—Sí. Ya sé que usted creará que yo también empiezo a volverme loco, pero juraría que alrededor del cuello había un enorme corte... en el que se había secado la sangre.

El policía se quedó boquiabierto, incapaz de hablar.

—Vayamos por partes —rezongó al final—. ¿He entendido bien?

¿Había un corte alrededor del cuello de la mujer?

—Sí.

—¿Un corte como el que decapitaría a la aparición?

—Bueno... sí, eso es.

—De modo que era como si la mujer hubiera sido decapitada. No obstante, estaba viva, señalaba hacia la cama con una mano y con la otra sostenía por los cabellos la cabeza del pobre Jansen... ¿Es eso lo que quiere usted decir?

—Exactamente.

—¿Cree que estoy loco, señor Carmichael?

—Empiezo a pensar que quien ha perdido la razón soy yo, superintendente.

Lambert lanzó un juramento.

Y de pronto masculló:

—Lo malo es que su esposa dice lo mismo que usted, y mucho me temo que cuando pueda hablar con la señorita Murray, su declaración será también igual. Está bien, eso es todo, a menos que pueda usted decirme algo más respecto a la mujer del tajo en la garganta.

—Nacía más, señor.

—¿Está seguro? ¿No la había visto nunca antes?

—¡Por supuesto que no!

—¿Seguro?

La insistencia del policía hizo fruncir el ceño al hombre.

—Era una cara horrible, superintendente. Una cara que no se olvida, si entiende lo que quiero decir.

—Quizá la vio alguna vez, antes, sin esa expresión horrible.

Carmichael comprendió de pronto y estuvo en un tris de caer de espaldas.

—¡Anne Murray! —jadeó—. ¡Quiere usted decir que se parecía a Anne Murray...!

—¿Era así, realmente?

—¡Sí! Ahora que caigo en ello, que me condene si no era Anne Murray... Aunque con una expresión diabólica, pavorosa.

—Era lo que me temía que dijera usted.

Lambert dejó a Carmichael en la casa y salió fuera.

Los camilleros estaban recogiendo el cuerpo decapitado del joven policía asesinado. Uno de ellos, después de cubrir el cadáver

con una sábana, dijo:

—¿Qué hacemos con la cabeza? ¿Puede retirarse ya de ahí arriba?

El superintendente levantó la mirada. Un foco alumbraba a los hombres encaramados sobre el tejadillo del invernadero. Los chispazos de los fotógrafos relampagueaban a intervalos.

—Cuando terminen mis hombres —gruñó.

A grandes zancadas se dirigió hacia los coches policíacos estacionados en la calle. La multitud se apelotonaba más allá, apenas contenida por los agentes.

—¿Consiguió esas comunicaciones? —le espetó a uno de los conductores.

—Sí, señor. Brook ha sido relevado y viene hacia aquí, lo mismo que el coche que fue en busca de McDaniel.

—¿Qué sabe de Walter Meyer, le han encontrado?

—Aún no hemos recibido el informe, señor.

—Está bien, avíseme cuando se lo comuniquen.

El informe esperado llegó diez minutos más tarde, casi al mismo tiempo que el coche trayendo a Johnny.

—Ese individuo, Walter Meyer —dijo el operador de la radio del coche—, no está en su estudio. Nadie parece saber su paradero.

—Que sigan buscándole. Indique a «central» que dediquen a todos los hombres disponibles a esa tarea.

Se volvió hacia el coche que se detenía en aquel momento.

Johnny saltó antes siquiera de que el auto estuviera detenido por completo.

—¿Qué pasó, superintendente? —dijo, inquieto—. Sus hombres no han sido muy explícitos que digamos.

Antes de responder, Lambert se quedó mirando a la muchacha que salía del coche en aquel momento.

—¿Jane Adams? —preguntó.

—Sí, no quiso quedarse sola en mi estudio. Bueno, Lambert...

—Tranquilícese, no le ha sucedido nada a su novia, excepto otro susto de muerte.

—¿Cómo fue esta vez?

Lambert le contó lo que sabía. No pudo contener el temblor de su voz al referirse a la muerte de su subordinado, el hombre que había dejado custodiando la casa.

—Supongo que le sorprendió por la espalda —dijo al terminar —, de otro modo, Jansen se hubiera defendido. Era apenas un muchacho.

—No comprendo qué pretende ese engendro... ¿Y cómo pudo aparecer como Anne Murray? Esta vez no dirá usted que el maldito carnicero no está utilizando la cabeza de la muchacha...

—Esa cabeza debe, oler a infiernos a estas horas, si no está despedazada en el fondo del río por los peces.

—¿Entonces...?

—Es un misterio, McDaniel. Pero esta vez el criminal ha cometido un error.

—¿Ha dejado una pista?

—Ciertamente. Llevaba guantes y se le han empapado de sangre al asesinar a Jansen. Tenía prisa al descender de la escalera, mientras en la habitación las mujeres chillaban y el señor Carmichael corría hacia la planta baja, de modo que nos ha dejado varias huellas completas de las manos.

—Bueno, pero usted acaba de decir que llevaba guantes.

—Se asombraría usted de la cantidad de datos que nos facilitarán nuestros laboratorios, a pesar de ser huellas de simple guantes.

Jane, muy pálida, susurró:

—¿Cómo está Peggy?

—Lo crean ustedes o no, esta vez ha reaccionado. Dice el doctor que los síntomas son esperanzadores.

—Lo que no me explico es qué pretende ese demonio. Hasta ahora no ha hecho nada para atentar contra Peggy, y, sin embargo, merodea en torno a ella, asesinando incluso a un policía para acercarse...

—Yo creo que sí entienda cuáles su propósito, McDaniel. Quiere volverla loca de terror.

—¿Qué?

—Peggy Murray es una muchacha sana de cuerpo y de espíritu. Incluso así ha estado al borde de la demencia. Otra mujer menos fuerte, a estas horas estaría subiéndose por las paredes. ¿Comprende?

—Claro. Pero la cuestión es: ¿Por qué?

—Ahí estamos a oscuras todavía. Suban con ella, McDaniel. Su

presencia le hará bien, pero no le obliguen a contarles lo sucedido. Ya lo saben.

Los dos jóvenes entraron en la casa.

Entonces, una voz dijo detrás de Lambert.

—Superintendente...

—Hola, Brook. ¿Qué puede decirme de Simons? ¿No se le escapó esta vez?

—No, señor. Ha permanecido toda la noche en su apartamento.

—¿Seguro?

—Lo comprobé antes de efectuar el relevo. Hablé con él. No se ha movido, señor.

—Bueno, por lo menos hemos eliminado un sospechoso. No obstante, no sabemos nada del otro... Bien, puede marcharse. Preséntese por la mañana a la hora que le corresponda.

—Gracias, señor.

Brook se fue y el superintendente contempló cómo bajaban la cabeza ensangrentada del pobre Jansen del lugar donde la abandonara el asesino.

Oyó el aullido de la sirena cuando la ambulancia partió. Después se quedó solo en el jardín, fumando y pensando furiosamente.

De pronto, entró en la casa y llamó al dueña de ella.

—Dígame, señor Carmichael. ¿Qué hizo usted después de telefonar a la policía?

—Ya le dije que tomé un pedazo de tubo de hierro y salí fuera. Pero ya no había nadie..., excepto el cuerpo de su agente. Casi tropecé con él.

—Eso ya lo sé, pero quiero conocer todos sus pasos.

—Di la vuelta a la casa, subí a la escalera y me encontré con... con la cabeza. Volví a bajar y corrí al garaje por si se había escondido allí. Le aseguro que estaba tan furioso como asustado. Sé que hubiera podido matarte en aquellos momentos...

—¿Y luego?

—Bueno, no había nadie. Salí al callejón, pero no pude ver ni una sombra en movimiento, como tampoco la vi en la calle.

—¿Cuánta ventaja diría usted que le llevaba al desconocido?

—No sé... Dos a tres minutos, quizá menos.

—Gracias.

Lambert subió al piso y llamó a Johnny con una seña.

—Acompáñeme —gruñó—. Acabo de tener una corazonada.

—Yo creí que usted se atenía estrictamente a las pruebas y evidencias solamente.

—Este caso está echando por tierra mis principios.

Salieron y atravesaron, la calle, deteniéndose delante de la casa de Peggy, oscura y sombría.

—¿Sabe usted, McDaniel? Yo no creo en fantasmas, ni aparecidos. El asesino ha andado muy justo de tiempo para huir... Y se me ocurre que tal vez se haya ocultado aquí.

El corazón de Johnny dio un vuelco.

—¡Maldito sea, vamos!

—No corra. Si se ocultó para que Carmichael no le viera, no quiere decir que aún esté aquí dentro, esperando a ser cazado. Usted conoce bien la casa me guiará.

—¿Y cómo abriremos la puerta?

—Tal vez el maldito carnicero nos haya ahorrado molestias.

La empujó, abriéndola de par en par.

—¿Qué le parece?

Entró, y encendió la luz.

En el centro del vestíbulo, tirado en el suelo, había un guante, sucio de sangre.

Los dos se quedaron mirándolo.

—No toque nada, McDaniel, sólo guíeme. Y si hay alguna huella en el suelo cuide de no pisarla.

—Está bien...

El segundo guante estaba en el pasillo.

—Ha atravesado la casa para salir por la puerta posterior. Ahí está una despensa, y luego otro corto tramo...

—Vamos a verlo.

Encendían las luces a su paso. Gracias a la luz vieron el vestido de mujer tirado en la despensa. También el vestido, de falda larga hasta los pies, estaba horriblemente salpicado de rojo.

—¡Una mujer...! —jadeó Johnny.

—No saque conclusiones demasiado precipitadas. Recuerde que está tratando de enloquecer a Peggy haciéndole creer que ve a su hermana muerta... Mire ese rincón.

Miró.

Y soltó un gruñido de estupor.

Había una larga peluca tirada también allí, abandonada como un sórdido testigo de unos crímenes horribles.

—Llevaba peluca, de modo que debía ser un hombre —masculló Johnny, furioso—. Ésa es una peluca de mujer...

—Sigamos.

Ya no encontraron nada más, ni siquiera en el jardín posterior.

Volvieron atrás. Lambert parecía muy satisfecho por sus hallazgos.

—Los técnicos del laboratorio podrán realizar casi un retrato de ese maldito criminal partiendo de todo esto —comentó.

—Afortunadamente, este nuevo crimen no entrará en la edición matinal de los periódicos, superintendente, de lo contrario, yo en su lugar empezaría a pensar en cambiar de aires.

—Estoy pensándolo incluso sin que hayan aparecido los periódicos todavía. Quédese aquí hasta que vengan los técnicos, y no toque nada.

—Muy bien... Pero dícales que se den prisa. Quiero pasar el resto de la noche con Peggy, ahora que parece reaccionar.

Johnny se quedó solo. Encendió un cigarrillo y se dirigió a la alacena donde se guardaban las botellas.

Luego pensó en lo sucedido allí y cambió de idea. Uno puede soportar los deseos de beber, pero no puede soportar el estar muerto.

CAPÍTULO VIII

Peggy sonrió cuando Johnny se inclinó sobre ella y le rozó los labios con un beso.

Jane dijo:

—¿Puedo saber quién se va a ocupar de mí ahora?

La señora Carmichael le pasó el brazo por los hombros.

—Momentáneamente —murmuró—, creo que no habrá problema. La señorita Murray parece que ya no necesita nuestra ayuda.

La empujó hacia la puerta y ambas salieron silenciosamente.

—Querida —susurró Johnny—, he pasado por un infierno...

—Lo sé.

—¿Cómo te sientes?

—Sinceramente, no lo sé, pero sí estoy convencida de que podré soportarlo. Era horrible pensar que estaba volviéndome loca, creer que veía a la pobre Anne..., a pesar de saber que estaba muerta. ¿Te das cuenta?

—Creo que sí.

—Ha sido lo sucedido esta noche lo que me ha hecho comprender que todo era una confabulación... Si esa buena gente, los Carmichael, veían lo mismo que yo, era que no estaba loca, que el rostro de Anne era falso. Pero no quiero ni imaginar que lo hubiera visto estando sola. ¡Dios bendito, y la otra cabeza...!

Se estremeció. El la rodeó con sus brazos.

—No pienses más en eso. El asesino no se equivocó. Pensaba sorprenderte sola y sólo cuando ya era demasiado tarde vio que el matrimonio estaban aquí. Pero para él la cosa ya no tenía remedio.

—Te prometo que lo olvidaré en poco tiempo. Quiero vivir, Johnny, sólo vivir. Y tú me ayudarás.

—De eso sí que puedes estar segura.

—Lo que no comprendo es «el porqué»... ¿Por qué me odia

tanto, sea quien sea?

—Me temo que eso no lo sabremos hasta que la policía le haya cazado. Olvídalo, mi amor.

Volvió a besarla, y esta vez ninguno de los dos tuvo ninguna prisa por apartarse del otro.

Después, mientras él encendía un cigarrillo, Peggy musitó:

—He hablado con el superintendente, Johnny...

—¿Y qué?

Ella le quitó el cigarrillo de los labios. El escritor encendió otro, extasiándose al contemplar el rostro adorable de la muchacha.

—¿Tú también crees que es uno del grupo de Anne, uno de los muchachos?

—Es muy posible.

—¿Walter Meyer?

—Por el momento, es el sospechoso número uno de Lambert.

—¿Y tú, qué crees?

—Que debe haber algo más profundo que una rivalidad más o menos artística, querida. Y si tuviera alguna duda, se dispararía al ver lo que ha intentado hacer contigo. En lo que a ti respecta, no puede asistir ninguna rivalidad artística, digo yo.

—Ciertamente. A menos que amarte a ti sea una especie de arte.

—Lo es, pero un arte muy personal —rió Johnny.

De pronto frunció el ceño y gruñó:

—Habré que darle excusas a Norman por la paliza que le di... Pero era el candidato ideal para cargar con los crímenes.

—Pobre Norman... ¿Es cierto que le pegaste?

—Muy duro, pero hizo todo lo posible para sacarme de quicio. Me acusó de haberle arrebatado el amor de Anne. Se puso como loco.

—En parte, tenía razón. Anne se enamoró de ti cuando rompió con él. Siempre lo he sabido.

—Yo también, pero eso pertenece al pasado. Pensemos en el futuro, ¿sí?

—Pensemos en él. ¿Cuándo vas a llevarme de nuevo a tu estudio?

—¿Es que no tienes idea del decoro, nena?

—¿Cuándo?

—Tan pronto salgas de aquí. Y a propósito, ¿has pensado qué

vas a hacer con tu casa? No puedes seguir viviendo en ella.

—La venderé.

—Y vendrás a vivir conmigo.

—¿Crees que podrás soportarme?

El se encogió de hombros.

—Preocúpate de soportarme tú a mí.

—Venderé la casa —rumió ella, soñadora—. Y habré de ocuparme también del otro estudio que Anne alquiló hace apenas dos semanas.

El enarcó las cejas.

—¿Otro estudio?

—¿No te hablé de ello?

—Que yo recuerde, no.

—Fue el día que discutimos... De eso sí te hablé ya, Johnny.

—En efecto, una de tantas discusiones con tu hermana.

—Fue mucho más violenta que las demás. Entonces alquiló ese estudio y juró que iba a trasladarse allí, que nunca más volvería a vivir ni trabajar bajo mi mismo techo. Después empezó a calmarse y al final creo que había desistido de trasladarse.

—¿Dónde alquiló ese estudio? ¿Lo sabes?

En Canal Street, dijo, en el número siete.

El sacudió la cabeza.

—Bien, ella está muerta y a los muertos hay que dejarlos en paz, pero, desde luego, había algo en su cabeza que no funcionaba como era debido. Y ahora se acabó el tema. ¿Hablamos de nosotros?

—Empieza.

Empezó besándola de nuevo, y lo hizo con tanto entusiasmo como si en lugar de empezar una conversación se dispusiera a iniciar un interminable discurso...

Los periódicos sembraron el pánico por todo Londres con sus sensacionales informaciones sobre los crímenes.

Una corriente de histeria se desató, y la inevitable comparación del asesino decapitador con el tristemente célebre y nunca descubierto Jack *el Destripador* fue la comidilla del día.

Además, las fotografías que ilustraban los reportajes eran tan espeluznantes que hablaban por sí mismas.

Johnny se levantó muy tarde, de modo que cuando leyó todo

aquello, la ciudad hervía ya en comentarios y conjeturas.

Regresó al estudio con los periódicos y una botella de jerez.

Ni siquiera miró la máquina de escribir, abandonada y silenciosa, la idea de trabajar, en las presentes circunstancias, casi le ponía enfermo.

Se sirvió una copa del aromático vino y releyó las informaciones una vez más.

Antes de poder terminar la lectura llamaron a la puerta.

Apuró la copa, y se fue a abrir.

Quedó rígido al reconocer a Walter Meyer.

Un Walter Meyer macilento, desgreadado, con profundos círculos oscuros en torno a los ojos y una mirada vacía que producía escalofríos.

—Johnny...

—Entra. ¿Dónde infiernos has andado metido? La policía anda loca buscándote.

Walter avanzó arrastrando los pies y se hundió materialmente en el diván.

Johnny le observó, ceñudo. Sintió un escalofrío al pensar que si Lambert estaba en lo cierto en sus sospechas, aquél muy bien podía ser el asesino.

De modo que atravesando la estancia, fue a sentarse en el borde del lecho y, disimuladamente, sacó la pistola de debajo de la almohada, ocultándola en el bolsillo del pantalón.

Walter barbotó:

—Me gustaría mucho saberlo.

—¿Qué?

—Dónde estuve, y qué hice cuando me fui de la taberna.

—Dijiste que querías sentarle las costuras al superintendente.

—¡Te juro que eso era lo que pensaba hacer!

—¿Y...?

—Bueno... Entré en un par de tugurios más que encontré en el camino. Bebí demasiado...

—Y acabaste tumbado en una calleja. ¿Es eso?

Sacudió la cabeza, sosteniéndosela con las manos.

—¡Cristo, parece como si me fuera a caer de sobre los hombros!

—¿De qué hablas?

—De mi pobre cabeza.

—Dices que bebiste más de la cuenta —le recordó Johnny.

—Sí... Pensé que no estaba en condiciones de discutir con la policía, así que decidí acostarme. Ya habría tiempo de ver al superintendente. Seguí caminando y el aire pareció despejarme un poco. Por lo menos eso creí, sólo que me equivoqué.

—¿Cómo que te equivocaste?

—Estaba mucho más borracho de lo que pensaba... Imagina que vi a Anne.

Johnny pegó tal brinco que aterrizó al lado del escultor.

—¿A Anne? ¡Maldita sea, Walter! ¿Qué locura estás diciendo?

—Es sólo para que te des cuenta de lo borracho que estaba. Hube de apoyarme en una esquina, no sé dónde... Estaba oscuro. Y entonces creí verla... ¿Te imaginas? Yo sabía que estaba muerta, decapitada... ¡Dios, y creí estar viéndola, andando apresuradamente, viva!

—Espera un momento, Walter. ¿Qué fue exactamente lo que viste?

—Una mujer. Andaba por la acera opuesta, muy apresurada. Las mujeres solas, a aquellas horas y en esas callejas, abundan. Apenas si pude prestarle atención porque estaba a punto de caerme. Bueno, entonces ella cruzó por el foco de luz de un farol... y estuve a punto de echar a correr. Hubiera jurado que era Anne Murray, viva.

Johnny sintió que se le aceleraba el ritmo de la respiración.

—Escucha, Walter... ¿Puedes entender lo que te digo?

—Por supuesto, ya no estoy borracho, solo hecho trizas.

—El asesino se disfrazó de mujer para asustar a Peggy. Quería volverla loca haciéndole creer que veía a su hermana... ¿Te das cuenta? ¡Tú pudiste ver realmente al asesino!

—Al asesino... Entiendo.

—¿Cómo vestía?

—Espera que recuerde... Llevaba una de esas faldas largas, como acostumbraba vestir Anne a menudo. No sé el color. Pero sí recuerdo que llevaba un pelo muy largo. Ahora que lo pienso, debí comprender que no podía tratarse de Anne, puesto que ella lo llevaba más corto.

—Una peluca, muchacho. La encontramos anoche.

—Ya veo.

—Necesito un trago, y no de jerez precisamente.

—No te olvides de mí.

Preparó dos vasos después de oler cuidadosamente la botella. Fue en busca del hielo y regresó. Walter se había deslizado a lo largo del diván y estaba casi tendido en él.

—¿Sabes lo que pienso? —Gruñó el escultor.

Le dio un vaso.

—Dímelo.

—Que el tipo está completamente loco, y que no es ninguno de nuestra pandilla.

—En lo de que está loco, estamos de acuerdo. Lo otro habrá que comprobarlo.

—Ninguno, Johnny. Les conozco a todos hace mucho tiempo...

Bebió glotonamente hasta vaciar el vaso.

—Gracias, muchacho —murmuró—. Eres un buen elemento.

—A pesar de ser también un reaccionario.

Walter se echó a reír forzosamente.

—Tienes demasiado dinero, eso es lo que te pasa y que te hace distinto de todos nosotros. Y aún no te he preguntado por Peggy. ¿Cómo está?

—Perfectamente.

Algo empezaba a zumbir en la mente del escritor. Una idea todavía imprecisa, nebulosa, algo que iba y venía como si quisiera desesperarle, pero de lo que estaba seguro que era importante.

Walter estaba diciendo:

—Aunque esto termine y la policía eche el guante a ese carnicero, nada volverá a ser como antes, ¿no te parece?

—Sí...

—Eramos una buena pandilla, ¿eh? Con personalidad, criterio, carácter... Y sobre todo ello la amistad, Johnny.

—Walter, ¿sabías algo del nuevo estudio que Anne había alquilado?

—¿Un estudio? No, ni una palabra.

—Entra en el baño y aséate. El agua te despejará.

—Bueno, pero ¿qué es eso de un estudio?

—Iremos a verlo. Te lo contaré por el camino. Ahora quítate esas mugrientas ropas y aséate un poco. Parece, que hayas dormido en un estercolero.

—Quizá lo haya hecho.

Walter se quitó las ropas camino del cuarto de baño, donde se encerró. Instantes después Johnny oía correr el agua de la ducha.

Rápidamente, registró el pantalón y la chaqueta de piel del escultor. No llevaba arma alguna.

Buscó uno de sus trajes más viejos, seguro que si le ofrecía uno en buen estado Walter lo rechazaría.

Cuando abandonaron el piso, el escultor caminaba como si estuviera sujeto por una camisa de fuerza, dentro de un traje de Johnny.

Era una casa vieja y descuidada, pero con evidentes muestras de haber gozado de cierta personalidad. Los artesonados eran una filigrana, y lo mismo podía decirse de los relieves que sobresalían en los ángulos de la pared, en todo el recorrido de las escaleras.

Walter Meyer se detuvo ante la puerta y masculló:

—No me explico por qué demonios alquiló este estudio, disponiendo del otro en su propia casa...

Johnny probó la puerta. Estaba cerrada.

Comenzó a forcejear utilizando una tras otra todas las llaves de que disponía. Al fin, la cerradura cedió.

El estudio era grande y bien iluminado, aunque una cortina corrida tamizaba la luz tapando el enorme ventanal.

—Aquí no hay nada —dijo el escultor.

—Bueno, antes que ella debió ocuparlo alguien que trabajaba en modas.

Señaló un maniquí erguido en un rincón.

Dieron un vistazo al cuarto de baño. No había nadie en él, sólo suciedad.

Demasiada, comparando el baño con el resto del estudio.

Johnny se inclinó sobre el lavabo. Cuando se irguió su rostro estaba pálido.

—Lo encontramos —dijo—. Éste: es el refugio del criminal, Walter.

—¿Estás seguro?

—Hay restos de sangre seca en el lavabo. Debió lavarse aquí, o tal vez lavó alguna pieza de ropa. La policía podrá sacar mejores conclusiones que nosotros.

Walter se movía como perdido por el gran local vacío. Llegó junto al maniquí de tamaño natural y allí se quedó muy rígido.

—¡Johnny...!

—¿Qué?

—¡Mira!

Walter señalaba el cuello del maniquí.

Había varios cortes en el cuello. Cortes hechos sin duda por un cuchillo muy afilado, como si hubieran tratado de decapitarlo.

Sintió un terrible escalofrío.

—Son cuchilladas asestadas desde atrás... —murmuró.

—¡Pero en un maniquí! ¿Por qué, demonios?

—Probó a decapitar a un hombre por sorpresa, seguro. Ensayó la manera, de asestar una cuchillada mortal seccionando la yugular de un solo tajo... Y eso es lo que debió hacer con el policía. Jansen, en el jardín de los Carmichael.

—¡Es horrible, Johnny! Sin duda, el fulano está completamente loco, pero eso no le impide, razonar bien cuando se trata de matar.

—Hay que llamar al superintendente cuanto antes.

—No lo harás desde aquí, no hay teléfono. ¡Infiernos, lo que daría por un buen trago!

Johnny continuaba mirando el maniquí igual que sugestionado por lo que éste le sugería. Sabía que ahora sí estaban cerca del asesino, tan cerca que quizá pudieran cazarlo.

O morir.

Walter Meyer abrió un enorme armario empotrado en busca de algo de beber, o tal vez sólo por curiosidad.

Estaba vacío y volvió a cerrarlo.

Entonces se dirigió a una pequeña alacena. Aquello tenía el aspecto de guardar algunas botellas.

La abrió.

Soltó un grito y al retroceder a trompicones cayó sentado al suelo.

Johnny giró, asustado.

—¿Qué pasa?

—¡Por el cielo, Johnny, mira...!

Señalaba la alacena con un dedo rígido y tembloroso.

El escritor abandonó el maniquí y fue a echar un vistazo a la alacena en cuestión.

Bueno, él no se cayó de espaldas, pero el horror le paralizó de tal modo que no habría podido moverse ni siquiera para escapar a

una cuchillada.

Dentro de la alacena, la cabeza de Anne parecía mirarle con unos ojos desorbitados, vidriosos. Alrededor del cuello, las manchas parduscas de la sangre seca creaban un siniestro collar oscuro.

Walter se levantó, apenas sostenido por unas piernas que se le habían aflojado de repente.

—¡Guarda la cabeza! —jadeó—. ¡Maldita sea! Como si fuera un trofeo de caza...

—Los ojos, Walter... —balbució Johnny.

El escultor se volvió de espaldas a la horrenda visión.

Sintió ganas de vomitar, de salir disparado de allí, de no haber entrado siquiera, de esfumarse y olvidar aquel espeluznante despojo.

—Vámonos, Johnny, eso es cosa de la policía.

—Espera.

—¿Para qué? He visto todo lo que puedo soportar.

Johnny pareció salir de su parálisis y se acercó a la cavidad que servía de urna a la cabeza.

Walter se volvió poco a poco.

—¡No irás a tocarla! —balbució con un hilo de voz.

—Acércate...

—¡Que me condene si lo hago!

—Hay algo raro en esta cabeza... Debería estar en plena descomposición, y sin embargo...

—¡Al demonio con eso! Larguémonos de aquí.

De pronto, Johnny alargó las manos y tanteó el despojo.

Volvió a quedarse muy quieto, apretando, apretando.

Walter notó que el estómago le saltaba en la garganta.

Y como hipnotizado, vio las manos de Johnny tantear en el cuello cortado, aferrar los dedos y tirar violentamente hacia arriba.

Toda la cara se arrugó en una visión de pesadilla. Luego, la piel cedió, desprendiéndose, y quedó colgando en las manos del escritor.

Walter boqueó, sin voz.

—De modo que era eso —musitó Johnny, echando chispas—. ¡Una simple mascarilla en una cabeza moldeada con arcilla!

—¿Quieres decir que esa cabeza...?

—Compruébalo por ti mismo. Eres escultor, ¿no?

Walter se aproximó cautelosamente, como si aún temiera que

aquella monstruosidad pudiera morderle.

—¡Por todos los demonios! —Gruñó—. Una cabeza moldeada y una mascarilla de caucho... ¡Una mascarilla de Anne!

—Ni más ni menos.

—Entonces...

—Lo discutiremos después, Walter, Busca un teléfono y llama al superintendente Lambert. Date prisa.

El escultor salió zumbando.

Johnny dejó la mascarilla al lado de la cabeza y se acercó al ventanal, tendiendo la mirada más allá de las casas y las calles. En realidad, era como si su mirada pudiera penetrar hasta las siniestras regiones del infierno, porque era un infierno de perversión, demencia, y maldad, lo que intuía en aquellos instantes.

Encendió un cigarrillo para calmar los nervios. Luego apartó una vieja silla de la pared y se sentó a esperar.

Aún no había acabado con el cigarrillo cuando la puerta giró con lentitud y la mujer apareció, en el umbral.

Johnny la descubrió por el rabillo del ojo.

Sintió una garra helada deslizarse por su columna vertebral, pero no se movió.

Ella avanzó como una sombra, dejó caer el bolso que llevaba y en sus manos sólo quedó el cuchillo.

—Nunca debiste venir aquí, Johnny —murmuró.

—¿Piensas cortarme la cabeza también a mí?

Ella siguió avanzando hasta detenerse a dos pasos de él.

—No... No quería hacerlo. Te juro que a ti no.

—Si no querías matarme, ¿por qué pusiste veneno en mi coñac?

Los ojos de Anne Murray despidieron llamas.

—¡Yo quería que murieses! —rugió—. Tú tenías que morir también, por haberme despreciado. Tú eras mío... ¡Mío, Johnny! Pero no quería que sufieras... Tú no. Sólo que murieses, casi dulcemente, para que ella no pudiera gozar de ti.

—Estás loca, Anne.

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué, Johnny? Ahora... Ahora tengo que hacerlo..., como los otros.

—Deja ese cuchillo, Anne, Ya es inútil cuánto hagas.

—¿Y dejarte vivo? —tronó, chirriando los dientes—. ¿Dejarte para que Peggy siga revolcándose contigo?

Johnny se levantó poco a poco; tenso como un cable.

Sentía el pánico culebrear por su espalda ante la feroz expresión de aquel rastro, ante el brillo demencial de unos ojos que expresaban un odio infinito no sólo hacia él, sino hacia el mundo entero.

—Anne, tira ese cuchillo. Ya es inútil cuanto hagas Entrégate y todo irá bien. No podrán condenarte, sólo internarte en un sanatorio. Te cuidarán...

—¡Nadie me encerrará, en un manicomio! ¿Crees que estoy loca, lo crees?

—Completamente loca, muchacha.

Ella dio un paso, gruñendo como una bestia salvaje.

Johnny retrocedió. Hundió la mano en el bolsillo y aferró la pistola.

—No quiero hacerte daño, Anne —dijo con voz que temblaba—, sólo deseo ayudarte. ¿No quieres comprenderlo?

—¡Yo sí voy a hacerte daño! Lo haré como a los otros... Y después podré acabar con todos... Todos esos traidores revoloteando alrededor de la pobrecita Peggy...

—No sabes lo que dices, Anne.

—¡Claro que lo sé!

—¿También odias a Norman? El solo te amó, nunca te hizo daño. Y tú deslizaste el diario recortado en su casa. Podían haberle ahorcado...

—¡Al demonio Norman! Era a ti a quien amaba, Johnny. Le dejé a él por ti. Sólo con que me hubieses amado un poco... ¿Tanto te repugnaba?

Dio otro paso, balanceando suavemente la mano con que sostenía el cuchillo.

Johnny dio un salto atrás. Ante sus ojos apareció el cuello del maniquí, horriblemente mutilado, y lo señaló.

—¿Es así como piensas hacerlo? —dijo, señalándolo.

Ella no desvió la mirada. Sólo murmuró:

—El maniquí conserva la cabeza, la tuya caerá.

Bruscamente, Johnny sacó la pistola y apoyó la espalda contra la pared.

—¡No te muevas más, Anne!

Rogó para que Walter regresara cuanto antes. Si ella se distraía

aún podría desarmarla sin hacerle daño.

—¿Eres capaz de disparar contra mí, Johnny?

—Ya puedes estar segura.

—Vamos a comprobarlo.

Se puso en marcha despacio. Un continuo gruñido brotaba de sus labios contraídos como los de un perro furioso, mostrando los dientes.

Johnny tensó el dedo en el gatillo. El cuchillo subió poco a poco, a medida que ella daba otro paso.

—¡Detente, Anne!

Ella no replicó. Echó el brazo atrás. La hoja del *cuchillo* centelleó.

Johnny tiró del gatillo, abatiendo el arma.

El estampido hizo vibrar los cristales.

Anne se había detenido, y como extrañada de estar viva miró el impacto de la bala que había pegado ante sus pies.

Luego empezó a reír de una manera que daba escalofríos.

—¡No te atreves! —rugió—. ¡Ni siquiera tienes valor para matarme...!

El levantó ahora el cañón y se dispuso a tirar a matar a la muchacha daba otro paso.

En la escalera, Walter rugió:

—¡Johnny! ¿Qué fue eso?

Anne se revolvió como una pantera.

Walter apareció en la puerta jadeando, y se detuvo en seco.

—¡Dios, Anne! —gimoteó.

Johnny no esperó. Dio un salto y abatió la pistola contra la cabeza de la muchacha.

Ésta se derrumbó con un quejido. El dio un puntapié al cuchillo y gritó:

—¡Ayúdame, no te quedes ahí, idiota!

La muchacha gimoteaba, tratando de salir del aturdimiento producido por el golpe.

La sujetaron entre los dos y Walter dijo:

—Lambert viene hacia aquí.

—Espero que no tarde. He pasado el rato más infernal de mi vida, viendo acercarse ese maldito cuchillo.

Anne se recobraba rápidamente, y a medida que encontraba de

nuevo sus fuerzas empezó a luchar salvajemente para librarse de las cuatro manos que la sujetaban como garras.

Así les sorprendió Lambert cuando llegó trotando, seguido de sus hombres.

—¡Ayúdenos, superintendente! Tiene la fuerza de diez hombres...

Los policías empezaron por colocarle esposas en las muñecas y en los tobillos. Uno recibió un puntapié en la cara antes de poder dejarla trabada. Otro sangraba por los profundos arañazos en el rostro.

—¡Llévensela! —Gruñó Lambert—. ¡Y llamen al hospital para que alguien le coloque una camisa de fuerza!

Salieron en confuso revoltijo, entre los alaridos de la muchacha, que se había convertido en una fiera salvaje.

Secándose el sudor, Johnny masculló:

—Yo siempre dije que estaba loca, maldita sea. Debí pensar antes en todo este engaño.

—Ni usted ni nadie podía imaginar una cosa tan diabólica...

—Walter, tú tenías algo que decirle al superintendente... Aprovecha ahora, mientras yo me largo.

—¡Espere un minuto, McDaniel! —Lambert, Peggy tiene derecho a saber que la pesadilla ha terminado. Más derecho que nadie.

—Incluso así, necesito su testimonio.

—Lo tendrá, pero no ahora.

Y abandonó el estudio tan rápidamente que cuando Lambert quiso impedirlo había desaparecido.

Al fin, el superintendente comprendió que tanto él como Peggy tenían derecho a convertir la roja pesadilla de sangre en un sueño color de rosa, de modo que volviéndose hacia Walter Meyer dijo:

—Bueno, ¿qué tenía usted que decirme, señor Meyer?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

